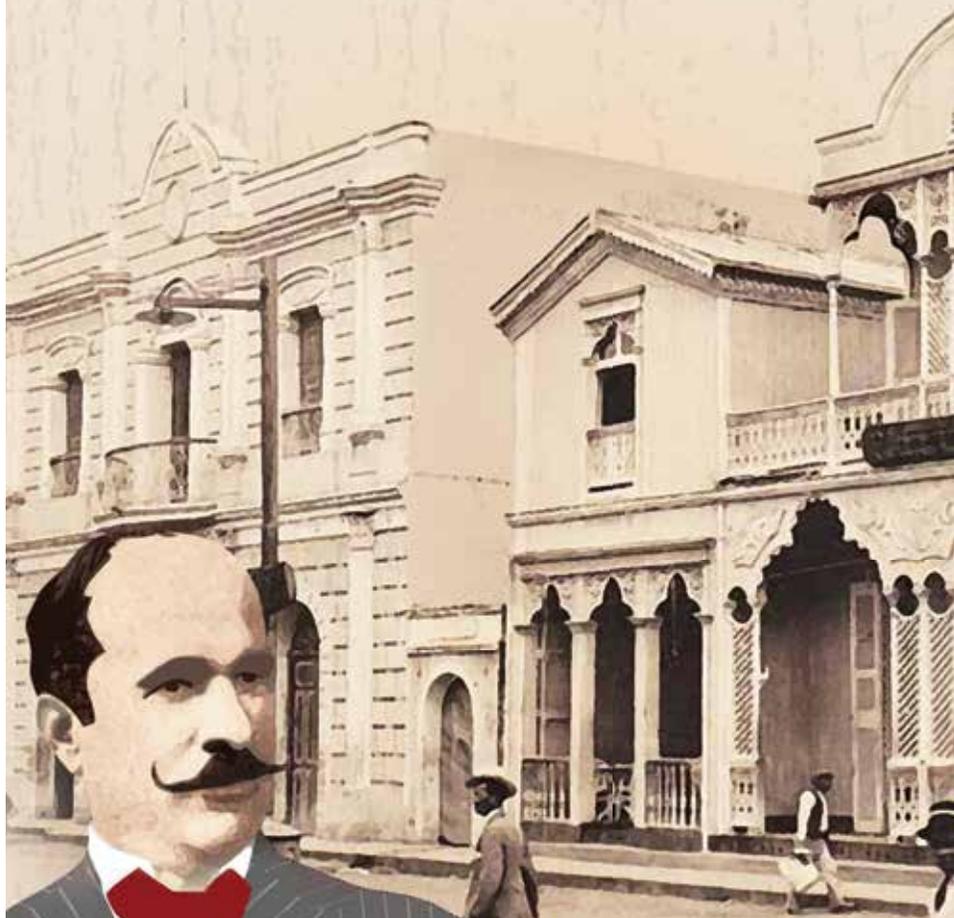


FEDERICO GARCÍA GODOY

PERFILES Y RELIEVES



PERFILES Y RELIEVES

CLÁSICOS DOMINICANOS
COLECCIÓN DEL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE SALOMÉ UREÑA
SERIE II. ENSAYOS



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

JUNTA DE DIRECTORES

Antonio Peña Mirabal Ministro de Educación

Denia Burgos Viceministra de Servicios Técnicos y Pedagógicos, Ministerio de Educación

Remigio García Director General de Currículo, Ministerio de Educación

Andrés de las Mercedes Director Ejecutivo del INAFOCAM

Xiomara Guante Presidenta de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

Magdalena Lizardo, Radhamés Mejía, Rafael Emilio Yunén, Juan Tomás Tavares,

Ramón Pérez Minaya, Laura Peña Izquierdo, Laura Lehoux, Ángela Español,

Ramón Morrison, Adriano Miguel Tejada Miembros

Julio Sánchez Maríñez Rector

CONSEJO ACADÉMICO

Julio Sánchez Maríñez Rector

Rosa Kranwinkel Vicerrectora Académica

Andrea Paz Vicerrectora de Investigación y Postgrado

Milta Lora Vicerrectora de Innovación y Desarrollo

Alliet Ortega Vicerrectora de Gestión

Luisa Taveras Vicerrectora Ejecutiva Recinto Félix Evaristo Mejía

Cristina Rivas Vicerrectora Ejecutiva Recinto Eugenio María de Hostos

Mercedes Carrasco Vicerrectora Ejecutiva Recinto Juan Vicente Moscoso

Ana Julia Suriel Vicerrectora Ejecutiva Recinto Emilio Prud'Homme

David Capellán Ureña Vicerrector Ejecutivo Recinto Luis Napoleón Núñez Molina

Jorge Sención Vicerrector Ejecutivo Recinto Urania Montás

Carmen Gálvez Directora de Estudios de Grado

Angelquis Aquino Directora de Postgrado y Educación Permanente

Apolinar Méndez Director de Extensión y Cocurriculares

Sharon Schnabel Directora de Planificación y Desarrollo

Anthony Paniagua Representante Directores Académicos

Luisa Acosta Representante Maestros

Jeremías Pimentel Representante Estudiantil

FEDERICO GARCÍA GODOY



PERFILES
Y RELIEVES

PRÓLOGO DE FRANKLIN GUTIÉRREZ

PERFILES Y RELIEVES | Federico García Godoy

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS. Serie II. Ensayos.

Dirección general Julio Sánchez Maríñez, Rector

Dirección editorial Margarita Marmolejos V.

Diseño de interiores Ana Zady Gerardino

Diagramación Julissa Ivor Medina y Yelitza Sosa

Portada Julissa Ivor Medina

Corrección Miguelina Crespo V., Apolinar Liz y Vilma Martínez A.

ISBN 978-9945-9222-1-9

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.
Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, República Dominicana, 2020.

P R E S E N T A C I Ó N



Como parte de las iniciativas y esfuerzos para el cumplimiento de su misión, el Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, La Pedagógica Dominicana, implementa un proyecto editorial para poner en manos de sus docentes y de su estudiantado, formadores de formadores y futuros maestros, respectivamente, así como de toda la comunidad educativa y académica nacional, ediciones de obras de sobresaliente importancia literaria, histórica o académica.

Tras iniciar este proyecto editorial con «Clásicos Dominicanos. Serie I. Narrativa», consistente en diez piezas fundamentales de nuestro acervo literario, proseguimos con la «Serie II. Ensayos».

Esta nueva Serie comprende once libros que recogen ensayos de autores considerados clásicos, a saber: *Ideas de bien patrio*, de Ulises Francisco Espaillat; *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, de Pedro Henríquez Ureña; *Análisis de la Era de Trujillo. Informe sobre República Dominicana*, de José R. Cordero Michel; *La utopía de América*, de Pedro Henríquez Ureña; *Feminismo*, de Ercilia Pepín; *Ideario feminista y algún apunte para la historia del feminismo dominicano*, de Abigaíl Mejía; *Perfiles y relieves*, de Federico García Godoy; *La República Dominicana: una ficción*, de Juan Isidro Jimenes Grullón; *El nacionalismo dominicano*, de Américo Lugo; *Invitación a la lectura*, de Camila Henríquez Ureña e *Imágenes del dominicano*, de Manuel Rueda.

Quien suscribe se honra en compartir como prologuista con Adriano Miguel Tejada, Andrés L. Mateo, Ángela Hernández Núñez, Franklin Gutiérrez, Ida Hernández Caamaño, León David, Miguel D. Mena, Quisqueya Lora H., René Rodríguez Soriano y Rubén Silié, a quienes agradecemos su invaluable contribución.

En el proceso de selección de los ensayos que forman parte de esta Serie, participaron Andrés L. Mateo, Bruno Rosario Candelier, Dennis Simó, Marcos Villamán, Miguel D. Mena, Mu-Kien Sang Ben, Pablo Mella, Raymundo González, Roberto Cassá y Soledad Álvarez.

En la primera Serie, reunimos parte importante de lo mejor de las letras dominicanas y de la recreación de nuestras realidades históricas y culturales. La «Serie II. Ensayos», persigue hacer lo mismo, con una valiosa representación de la ensayística dominicana, la mejor literatura interpretativa y argumentativa sobre nuestras realidades a través de los tiempos, que nos invite a pensarla de manera analítica y crítica.

Si algunas de las obras, o todas, aquí incluidas resultan controversiales, mejor aún, porque al suscitar nueva vez el debate, como lo hicieron de seguro cuando originalmente vieron la luz, mayor será su contribución a ese pensamiento analítico y crítico que tanto necesitamos.

Al ofrecer a la comunidad educativa y académica, y a la sociedad en general, esta Serie II, nos satisface seguir aportando a la preservación y difusión del patrimonio intelectual y cultural del país, como reclama nuestra misión como institución de educación superior. Reiteramos la esperanza de que también contribuya a una mejor formación de nuestros futuros docentes, del magisterio nacional y de una población lectora esforzada en el conocimiento de su cultura y su historia y en su desarrollo intelectual.

Julio Sánchez Maríñez
Rector

P R Ó L O G O



Perfiles y relieves **Ecuanimidad, honestidad y patriotismo** **en García Godoy**

Por Franklin Gutiérrez

Los progenitores de Federico García Godoy¹ llegaron a la República Dominicana en 1868, procedentes de su originaria Cuba, siendo este un púber de once años.² Luego de agotado un docenio entre Puerto Plata, Santiago de los Caballeros y Santo Domingo el joven Federico fijó su residencia definitiva en La Vega, en 1880. Ocho años después, en 1888, obtuvo la nacionalidad dominicana.

La Vega y él crecieron juntos. Allí concibió y divulgó todos sus escritos; presenció el crecimiento de la benemérita sociedad cultural *La Progresista* (1879), fundadora del primer teatro de la región del Cibao; escuchó los cláxones del ferrocarril (1887), silbar como monstruo bovino despertando la mañana; conoció una caja maravillosa llamada fonógrafo (1897), cuya melodía alentaba al más inerte de los humanos.

¹ Federico García Copley y Josefa Godoy.

² Federico García Godoy nació en Santiago de Cuba, el 25 de diciembre de 1857.

Desde La Vega clamó por la liberación de Cuba, sometida al yugo español hasta la postrimería del siglo XIX; visualizó el peligro del crecimiento vertiginoso del imperio norteamericano para los países tercermundistas; observó y censuró los desatinos de numerosos gobernantes quisqueyanos con intereses personales superiores a su patriotismo; combatió con su pluma la primera intervención norteamericana a República Dominicana, ocurrida en 1916, y desarrolló la mayor parte de sus actividades intelectuales.

Federico García Godoy fue un observador y crítico sagaz del orden cultural y político de su entorno. Sus investigaciones literarias, sus estudios críticos y su interpretación de la problemática social dominicana trascendieron la geografía nacional llegando a Latinoamérica y Europa, donde fueron difundidos en revistas importantes de Francia, España e Hispanoamérica.

Fundó los periódicos *El Esfuerzo* (1880), *El Pueblo* (1889) y *El Día* (1914), en La Vega, y la revista literaria *Patria* (1910). Tiene, asimismo, el mérito de haber incorporado la historia nacional contemporánea a la narrativa criolla, con las novelas *Rufinito*, *Alma dominicana* y *Guanuma*. Su libro *El derrumbe* es una radiografía fidedigna del ahogo económico y del desasosiego social del pueblo dominicano, de su cuestionamiento a las acciones nocivas de los gobernantes criollos de su época en perjuicio de la ciudadanía, y una reafirmación del nacionalismo proyectado en sus escritos.

«La claridad fue su virtud: en el estilo, en el criterio, en las fuentes de su saber. Como su cultura tenía tradiciones, raíces clásicas, no se desconcertaba ante ninguna audacia: veía con interés todo empeño juvenil y fue el primero que proclamó, en serios trabajos críticos, la alta calidad de autores nuevos como

Alfonso Reyes»³, escribió Pedro Henríquez Ureña en 1925, poco después de su muerte.

La primera edición de *Perfiles y relieves* apareció en Santo Domingo, en 1907, bajo el sello editorial Imprenta La Cuna de América, cuando ya Federico García Godoy había alcanzado la madurez de un escritor e intelectual libre pensador que al enjuiciar un texto literario sitúa la ecuanimidad por encima de sus preferencias personales. Fue su segundo libro de ensayos de temas exclusivamente literarios, antecedido por *Impresiones*, impreso en La Vega (1899).⁴

La obra reúne 19 ensayos breves sobre literatura dominicana y extranjera, divulgados en la prensa nacional en la postrimería del siglo XIX y la apertura del XX. El período de concepción y difusión de los textos (1899-1907) registra eventos políticos álgidos para la población quisqueyana, entonces inferior a un millón de habitantes. Resalto dos de ellos: El 26 de julio de 1899 es asesinado, en Moca, el dictador Ulises Heureaux (Lilís) y en 1907 Estados Unidos fuerza al Estado dominicano a entregarle el control de las aduanas nacionales.⁵

En esos ocho años, además, República Dominicana tuvo siete presidentes⁶ de diferentes partidos y credos políticos, algunos de los cuales gobernaron poquísimos meses.⁷ Esa desestabilización de la gerencia del Estado entorpeció la paz ciudadana y descalabró la economía nacional. Los textos de *Perfiles y relieves* examinan esos vaivenes y desajustes sociales, de los que

³ Pedro Henríquez Ureña. *La utopía de América*. Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 362.

⁴ *Impresiones*. Moca: Imprenta de J. Brache, 1899.

⁵ El 3 de mayo de 1907 el Congreso Nacional Dominicano ratificó la Convención Dominico-Americana, acuerdo mediante el cual el Estado dominicano aceptó entregar el control y administración de las aduanas criollas a Estados Unidos hasta tanto el país saldara la deuda incumplida con instituciones prestamistas estadounidenses.

⁶ Ulises Heureaux, Wenceslao Figuereo, Horacio Vásquez, Juan Isidro Jimenes, Alejandro Woss y Gil, Carlos Felipe Languasco y Ramón Cáceres.

⁷ Wenceslao Figuereo gobernó del 26 de julio al 30 de agosto de 1899. El primer período de Horacio Vásquez transcurrió entre el 15 de agosto y el 15 de noviembre de 1899. Alejandro Woss y Gil gobernó del 23 de marzo al 24 de noviembre de 1903.

Godoy fue testigo y partícipe directo, a la vez que ofrecen una panorámica valiosa de la literatura foránea accesible al lector dominicano de aquel tiempo.

En lo referente a la literatura y la cultura, los movimientos literarios predominantes en República Dominicana en el período de gestación de *Perfiles y relieves* fueron el romanticismo⁸ y el modernismo⁹, cuyos lineamientos estéticos están presentes en la producción conjunta de García Godoy. Los románticos privilegiaban: la preocupación por el infinito, la ironía, la nostalgia, la exaltación del yo, la difusión de lo popular, la vuelta a las creaciones medievales como símbolo de lo legendario, la fuerza y el esplendor de la naturaleza, la búsqueda constante de libertad y la reafirmación de la nacionalidad a través de la revalorización de la historia. El modernismo, por su parte, buscaba dar renovado brillo a las formas poéticas apoyándose en recursos estilísticos facilitadores de la creación de una tendencia nueva y original en la selección de los temas. Mediante su programa estético, los modernistas pretendían vincularse con un mundo conectado con el pasado, con ambientes refinados y aristocráticos, o con exóticas y lejanas tierras. La belleza del lenguaje, la originalidad y la música interna del poema, obviaban el contenido de este. Los escritos de García Godoy conjugan postulados románticos y modernistas.

¿Cuáles valores humanos resalta Federico García Godoy en *Perfiles y relieves*?: ecuanimidad, honestidad y patriotismo. Siendo García Godoy un ciudadano de probada integridad moral y un vasto conocedor de la historia, la cultura y la literatura del país

⁸ El romanticismo se inició en Alemania hacia 1795 y se extendió por toda Europa durante tres décadas. En Hispanoamérica abarca casi todo el siglo XIX y coincide con el proceso de las luchas independentistas de la mayoría de los países.

⁹ Movimiento literario, esencialmente poético, aparecido en Hispanoamérica a finales del siglo XIX. Se ha establecido el 1888 como fecha oficial del nacimiento de este, pues en ese año el poeta nicaragüense Rubén Darío, máximo representante de dicho movimiento, dio a la publicidad su primer poemario titulado *Azul*.

que lo cobijó con el ropaje de un hijo propio, no ha de sorprender el sentido justiciero de sus juicios y valoraciones críticas, siempre equilibradas y cónsonas con los ideales sociales, políticos y religiosos que llevó como un evangelio personal.

Cuando un analista literario asume el oficio crítico con ecuanimidad, al autor estudiado, si es juicioso, le queda poco espacio para el resabio; sobre todo, si el enjuiciador posee destrezas sutiles para detectar el futuro potencial de un escritor nobel, o desvelar los aciertos y desaciertos de creadores más diestros. Varios ensayos de *Perfiles y relieves* patentizan esa cualidad suya. De ellos priorizo el dedicado al primer poemario de Fabio Fiallo, titulado *Primavera sentimental* (1902). Los textos de *Primavera sentimental*, anota Godoy, están impregnados de un lenguaje endeble, propio de un escritor incipiente incapaz de producir versos emanados de su interior, sino de las cotidianidades circundantes. Le impresiona en Fiallo su afán por ensalzar la hermosura de las flores, por dramatizar el adiós definitivo de un amor platónico, o por la muerte filosófica del alma, mientras sus conciudadanos desangran a causa de los desaciertos políticos de gobernantes perversos solo atentos al lucro personal. No obstante, consciente del peligro de impericias de esa naturaleza en desmedro de la buena salud de cualquier obra literaria, sin importar su autor, García Godoy valora en Fiallo su originalidad y la uniformidad de su pensamiento, cualidades suficientes para situarlo en un espacio singular en el parnaso nacional, tal como ocurrió.

Al autor de *De todo un poco*, Arístides García Gómez,¹⁰ le objeta la ranciedad de su estilo salpicado de construcciones cervantinas y de giros románticos decadentes cercanos a Fígaro¹¹, también la manera compasiva de satirizar y fustigar los vicios sociales.

¹⁰ Se refiere al libro *De todo un poco*, publicado por Arístides García Gómez.

¹¹ Fígaro es el seudónimo del escritor español Mariano José de Larra (1809-1837).

Su estilo arcaico y su ceguera ideológica, sin embargo, no les imposibilitan producir textos preñados de originalidad y sinceridad, comparables a los de Juan Montalvo, asevera Godoy.

Poco después de España haber iniciado la colonización de los países integrantes de la Hispanoamérica actual, surgieron movimientos armados preocupados por la soberanía de sus territorios y de su gente. Mas, es la Revolución francesa (1789), en gran parte, la savia revitalizadora de los anhelos libertarios de quienes consumarán su liberación definitiva en el siglo XIX. En esa dirección, las propuestas filosóficas de Charles-Louis de Secondat (Montesquieu), defensor de los derechos y las libertades individuales; de François-Marie Arouet (Voltaire), adversario de la alienación y la opresión del ser humano y de Ernest Renan, propulsor del surgimiento de un poder espiritual destinado a reemplazar el clero y la nobleza, contribuyeron al desarrollo del pensamiento cultural y político de los protagonistas de las luchas liberadoras hispanoamericanas. Aun así, al enjuiciar los escritos de Renan, Godoy celebra la belleza, la tersura y la concisión del lenguaje, no su enfoque de los problemas filosóficos y religiosos por estos no trascender la superficialidad.

Al biografar al conquistador Alonso de Ojeda los historiadores le atribuyen dos hechos despreciables de la conquista, en detrimento de los nativos de La Española: la captura del aguerrido Caonabo y la derrota del valeroso Manicocatex, en Bahuco. Godoy repudia esas atrocidades, no sin celebrar la resistencia de Ojeda «para soportar las fatigas y las privaciones de la guerra; su notable facilidad para improvisar recursos, y un valor legendario jamás discutido ni siquiera por sus más apasionados detractores».¹²

¹² Federico García Godoy. *Perfiles y relieves*. Santo Domingo: Imprenta La Cuna de América, MCMVII, p. 33.

La conquista de Jerusalén (1904), de Myriam Harry, pudo haberle resultado una novela hermosa y de gran interés a García Godoy, pues su autora sitúa a sus personajes en un pasado reconfortante a su espíritu religioso. Helio Jamain, su protagonista, viaja a Jerusalén en busca de una Ciudad Santa pura e intocada, similar a la liberada por Godofredo de Boiullón en la primera de Las Cruzadas; pero Jamain no encuentra lo soñado, sino «un receptáculo hirviente de fanatismos menguados llevados a un punto apenas creíble como sentina de miseria horripilantes, y campos donde el sectarismo religioso, estereotipado en cien cultos diferentes, despliega (sic) toda la iracundia de sus rencores inveterados, pone en acción sus negras acechanzas y da vuelo a todas de infamias y maldades».¹³ Ese hallazgo desconcierta a Jamain, y no menos al García Godoy fervoroso creyente en el catolicismo y en la santidad de Las Cruzadas.

La honestidad es otra virtud humana privilegiada por Federico García Godoy; por cuanto, no repara en confesarse timado por autores de textos deslumbrantes en una primera lectura, pero años más tarde, ya poseedor de conocimientos literarios superiores y dotado de herramientas evaluadoras más depuradas, detecta la superficialidad de su contenido y lo añejo de su planteamiento político y social. El escritor español Emilio Castelar y Ripoll es uno de ellos. No obstante, le tributa admiración a su lirismo avasallador, a la brillantez de sus imágenes literarias y a la pomposidad y riqueza expresiva de su estilo.

El triunfo de Estados Unidos sobre España, en la guerra hispano-estadounidense (1898), dio a William Mckinley¹⁴ una popularidad no menos singular a la tributada por el pueblo norteamericano a Abraham Lincoln décadas atrás. Godoy, empero,

¹³ *Ibid.*, p. 129.

¹⁴ Vigésimo quinto presidente de Estados Unidos. Gobernó del 4 de marzo de 1897 al 14 de septiembre de 1901.

tilda de incongruente y deshonesto el interés de McKinley por la independencia de Cuba, sabiendo que su plan real era tomar posesión de Puerto Rico, Guam y Filipinas.

La franqueza de García Godoy le permite asumir posiciones críticas desinhibidas sobre obras enaltecidas por la crítica literaria convencional carentes, desde su perspectiva, de grandes virtudes. Un caso en esa dirección es la novela *El jardín de los suplicios*, de Octave Mirbeau, publicada en Francia (1899) justo cuando los franceses eran acusados de antisemitas, luego de una sentencia judicial dictada contra el capitán Alfred Dreyfus, de origen judío.

Mientras sectores liberales recibieron *El jardín de los suplicios* como un retrato irónico y sádico de Mirbeau, concebido con la intención expresa de denunciar los excesos irascibles de la justicia, del clero, de los militares y de la burguesía francesa de la segunda mitad del siglo XIX, García Godoy lo percibe como un libro «extraño que describe minuciosamente, con delectación morbosa, todos los procedimientos de la muerte inventados por la refinada crueldad de ciertas razas orientales».¹⁵

A fin de patentizar su aseveración, Godoy recurre a los capítulos de *El jardín de los suplicios* dedicados a la muerte horrorosa, al erotismo exacerbado y las bajezas humanas, y le censura a Mirbeau los métodos de realización de esas acciones, basados en la crueldad, la inmoralidad y la mezquindad. «De sus páginas plenas de estertores y de gestos horripilantes, se exhala un vaho de olores nauseabundos, de cosas putrefactas, de sangre corrompida, que ponen en constante tensión los nervios y amenazan inundar el cerebro con el oleaje del vértigo»¹⁶, dice asombrado.

¹⁵ Federico García Godoy. *Perfiles y relieves*. Santo Domingo: Imprenta La Cuna de América, MCMVII: p. 99.

¹⁶ *Ibid.*, p. 99.

En interés de paliar la desazón que le produjo la lectura de *El jardín de los suplicios*, Godoy contrasta los horrores expuestos en las páginas de esta, con «las sonoridades, los coloridos, la exaltación de los valores humanos y el refinamiento personal»¹⁷ del escritor dominicano Tulio Manuel Cestero en *El jardín de las delicias*, aparecida en Santo Domingo en 1904, un lustro después de *El jardín de los suplicios*. Godoy ve en Mirbeau a un escritor cruel, tosco e inmoral; en Cestero, un artista profundo, de alma refinada, de decir diáfano.

Quizás su apreciación de la obra de Mirbeau, ratificada en «La orgía latina», penúltimo ensayo de *Perfiles y relieves*, no la motiva la calidad y los valores literarios manifiestos en ella, sino su acendrado catolicismo, renuente a certificar acciones inmundas contrarias a sus principios religiosos. Lo indudable de su juicio es la carga de honestidad al exteriorizar, sin dobleces, su desacuerdo con aquellas situaciones ajenas a su credo moral, a su conducta social y a su fe católica.

Otro ingrediente favorable a su honestidad es su reproche a aquellos individuos ansiosos por escalar posiciones sociales y económicas elevadas sirviéndose de la adulación, de ardides malsanos y de marrullerías desproporcionadas, una práctica perversa y mezquina tan antigua como la existencia de la humanidad, analizada con certeza por el escritor satírico y abogado francés Maurice Joly en medianía del siglo XIX, en su obra *El arte de medrar: Manual del trepador* (1868).

La patria fue también compañera inseparable de Federico García Godoy desde sus años mozos, cuando hizo del dolor de las víctimas de las injusticias sociales su propia dolencia, hasta el momento de su partida física. Sus novelas históricas *Rufinito* (1908), *Alma dominicana* (1911) y *Guanuma* (1914) abarcan tres episodios fundamentales en el surgimiento y reafirmación de la

¹⁷ *Ibid.*, p. 100.

dominicanidad: la Independencia Nacional, la Anexión a España, y la Restauración.

Destácase, además, entre sus actos patrióticos el haberse sumado al grupo de intelectuales nacionales propiciadores, con su pluma y su coraje, de la salida de República Dominicana del ejército invasor norteamericano. García Godoy fue «el primero de los intelectuales nacionalistas en apoyar con dos reservas el Plan Wilson porque, a su modo de ver, este “no contenía nada de carácter contractual ni ninguna exigencia imperativa que lastimase más o menos nuestro decoro” y veía en dicho plan “una prueba de arrepentimiento del presidente Wilson por lo hecho en Santo Domingo”».¹⁸ Injusta fue la muerte al vencerlo seis meses antes de concluida la invasión, sin alcanzar presenciar al pueblo dominicano izar nueva vez la bandera nacional, el 12 de julio de 1924.

En *Perfiles y relieves* la alusión a la patria y al nacionalismo es recurrente. En el ensayo dedicado a Emilio Castelar, García Godoy apunta: «sus yerros políticos son inferiores a sus inmensos servicios a la causa de la democracia» (p. 15). A William Mckinley le exonera el quebrantamiento de los más elementales principios de equidad y justicia, por respeto a la creencia del político norteamericano de que estaba cumpliendo un deber patriótico (p. 49).

En «Alma desolada», una historia donde la ficción y la realidad se unifican, el narrador cuenta que, estando Aurelio, personaje central, interno en las montañas huyendo de sus perseguidores, medita: «Por el contacto diario y el cambio frecuente de impresiones íntimas con muchos de su bando, había notado con tristeza honda y desesperante que en ellos también sonaba a

¹⁸ Céspedes, Diógenes. «No aprendimos en 1921-22 la lección de Federico García Godoy y Américo Lugo». 5 de octubre de 2019: <https://acento.com.do/2019/opinion/8735326-no-aprendimos->

huevo la palabra patriotismo, ...y falseada la idea de justicia cada vez que el interés partidista así lo exigía» (p. 138).

Pero el texto de *Perfiles y relieves* mejor exponente de la pluralidad del patriotismo de García Godoy es «Funerales de un héroe», centrado en el entierro de Máximo Gómez en el cementerio Colón, en La Habana, Cuba, el 18 de junio de 1905. «Funerales de un héroe» es una muestra palpable del abrazo de dos pueblos: Cuba y República Dominicana, cuya mancomunidad ha resultado en una simbiosis cultural equilibrada, y cuyo mejor ejemplo es el propio García Godoy.

Máximo Gómez fue comandante de casi todos los grandes enfrentamientos armados librados por Cuba contra el invasor español, hasta alzarse con el triunfo definitivo. En la primera etapa de la independencia cubana Gómez estuvo en primera fila en Bijarú, Jiguaní, Cobre, Santiago de Cuba, Guantánamo, Baracoa, Samá, Ti-Arriba, El Cristal, La Sacra, Palo Seco, Naranjo, Mojacasabe, Guásimas, Río Grande, Marroquín, La Herradura, Ranchuelo y Potrerillo, siempre con sonado éxito. Y cuando, en el momento culminante del proceso liberador, Martí sintió la necesidad de tener el apoyo de un espíritu aguerrido, no vaciló en clamar por su ayuda. A esa época pertenecen sus triunfos en Dos Ríos, Camagüey, Altagracia, Mulato, San Jerónimo, Villas, Pelayo, Matanzas y La Habana. Demasiado carga sobre un solo hombre, pero él pudo con ella.

García Godoy pondera la gratitud del pueblo cubano a Máximo Gómez en estos términos: «El cuerpo helado del héroe debió estremecerse (sic) en el fondo del lujoso sarcófago. Por más de tres días el alma de Cuba vibró intensamente, agitada hasta en lo más recóndito por la emoción que en los corazones bien templados produce el cumplimiento de un deber grande y excelso. La gratitud cubana ha estado a la altura de los merecimientos del caudillo insigne» (pp. 109-110).

Ciertas son las palabras de Godoy acerca de la gratitud cubana al consumidor de su independencia política de España; cierto es también lo atractivo de la tumba de Máximo Gómez en el cementerio Colón. En ella se destaca un pequeño obelisco con la efigie de Gómez, construido con mármol marrón brillante y diseñado por el arquitecto E. Astudillo, y dos nichos en la parte frontal. Pero la tumba es anónima, apenas identificable por quien conozca muy bien el rostro del generalísimo Máximo Gómez. Una efigie poco expresiva para el transeúnte de ese camposanto habanero y ajena a las generaciones cubanas de hoy. Los nichos carecen de inscripciones que identifiquen a sus ocupantes. A los guías turísticos solo les queda informarles a sus clientes el linaje del habitante principal de esa tumba, nada más. Desde su morada definitiva en el antiguo cementerio de La Vega, García Godoy sigue apostando a que algún día las autoridades del cementerio Colón colocarán el nombre del generalísimo Máximo Gómez en su tumba.

A 113 años de publicado, *Perfiles y relieves* mantiene casi intacta la vigencia de la época de su concepción. La desfachatez de los gobernantes nacionales empeñados en hacer de la administración pública una parcela personal, olvidando servirles a los ciudadanos que los eligieron; la avaricia desmedida de quienes controlan la economía nacional; la impiedad de los emporios económicos con los desposeídos; la hipocresía de los falsos patriotas, siempre prestos a cambiar sus principios morales y su conciencia por prebendas materiales, son males criticados por Federico García Godoy en *Perfiles y relieves*, todavía no resueltos en República Dominicana.

The City University of New York
Enero, 2020

Obras consultadas

Alcántara Almánzar, José. *Narrativa y Sociedad en Hispanoamérica*. Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1984.

Espínola Reyes, Jovino A. *La Vega histórica*. Vol. 2. Santo Domingo: Ediciones Ferilibro, 2009.

García Godoy, Federico. *Perfiles y relieves*. Santo Domingo: Imprenta La Cuna de América, MCMVII.

Gutiérrez, Franklin. *Diccionario de la literatura dominicana: biobibliográfico y terminológico*. Santo Domingo: Editora Nacional, 2010.

Henríquez Ureña, Pedro. *La utopía de América*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1978.

PERFILES
Y RELIEVES



PÓRTICO

(A la primera edición 1907)

Para apreciar con relativa exactitud en toda su curiosa complejidad el actual movimiento literario, necesita el escritor indispensablemente poseer cierta flexibilidad mental que le permita, sin menoscabo del propio criterio, identificarse con diversos estados de alma, a menudo desconcertantes y con frecuencia contradictorios, para sentirlos y juzgarlos serenamente, sin derramar sobre ellos, de manera resaltante, el ánfora de sus simpatías, de sus preocupaciones y aun de sus odios. No he creído nunca en la imparcialidad en el sentido estricto que se da a esta palabra. Cuanto escribimos, imprégnase siempre, con mayor o menor fuerza, del color de las ideas que nos dominan en determinados momentos, por lo cual no se requiere gran perspicacia para descubrir en lo leído las ideas o preocupaciones que de manera recóndita influían en el autor en el instante en que trazaba aquellos renglones. Creo sí en la sinceridad, en lo ecuánime del juicio, cuando quien lo produce, sin desprenderse enteramente, porque no es posible, de diversas influencias subjetivas, alcanza a contemplar, desde cierta altura, el conjunto de cosas que, visto desde puntos menos elevados,

se le figuró de aspecto y forma diferentes, originando apreciaciones erróneas y fallos necesariamente incompletos.

Recuerdo siempre las variadas impresiones que se sucedieron en mi espíritu la vez primera que pude admirar el grandioso panorama que se divisa desde la cumbre del Santo Cerro. En gradación pintoresca, a medida que se asciende por la escabrosa y pendiente cuesta, van presentándose diversos cuadros que cautivan por su rica variedad de colores y de formas. Pero, ¡qué impresión tan distinta, cuando, terminada la subida, puede abarcarse de un solo golpe de vista, desde el pie mismo del histórico Santuario, aquel imponente y maravilloso conjunto! Todos los paisajes que al subir se ofrecen a la mirada, vistos desde arriba, se funden en un todo de soberana e indescriptible belleza. A las sensaciones de poco antes, fragmentarias, parciales, luminosas u oscuras, sucede la impresión del conjunto, entera, cabal, completa. El detalle que al ascender parecía oscuro se aclara, la colina que tapaba una parte del paisaje se esfuma, la visión indecisa y borrosa de ciertos objetos se precisa netamente; y entonces, solo entonces, es que podemos formar verdadero juicio de cuanto aquilata y caracteriza la belleza y magnificencia de aquel incomparable espectáculo.

En cuanto me ha sido dable he dejado transparentar en estas páginas, que guardan palpitaciones de mi alma, la emoción más o menos intensa que han despertado en mí la contemplación de una vida, la lectura de un libro, la supervivencia de recuerdos que creía definitivamente enterrados. No se me oculta que, como hubiera deseado, no he podido hacer vibrar esa emoción en forma correcta y de verdadero relieve artístico. Nutrido solo de pasajero impresionismo, este libro, como tantos otros, parará bien pronto en el montón de las cosas efímeras, semejante a una de esas hojas secas que arrastra en su curso el viento de las melancólicas tardes otoñales...



EMILIO CASTELAR

No recuerdo en qué periódico he leído que desde hacía algún tiempo se enseñoreaba del alma del gran tribuno honda y abrumadora tristeza, y que, después de su última grave enfermedad, en sus conversaciones íntimas, a menudo saturadas de infinita amargura, expresaba la creencia en el próximo término de su existencia, aguardando sereno el instante supremo de sentir sobre sus labios, por donde brotaron tantos raudales de elocuencia, el frío beso de la muerte...

La rota de Cavite y el desastre de Santiago de Cuba lo habían profundamente conmovido. Despojada para siempre España de los últimos restos de aquel inmenso imperio colonial tan heroicamente conquistado en días de resonancia épica; vencidos, sin lustre y casi sin esfuerzo, por la superioridad numérica y por la superioridad de los elementos modernos de combate, los descendientes de aquellos audaces paladines medioevales que en las más apartadas regiones del planeta supieron colocar a inmensa altura el nombre español; viendo derrumbarse con pavoroso estrépito, al impulso incontrastable de enemigos

hados, el soberbio alcázar lleno de tantos fulgurantes recuerdos de gloria y de grandeza, la exquisita sensibilidad del gran orador, sufrió, sin duda, golpe rudísimo, y, como el árabe de la leyenda granadina al ver muertos a su lado todos sus compañeros de combate y expirante a sus pies su corcel de guerra, debió pedir al cielo con voces clamorosas hiciese descender sobre su alma adolorida las sombras de esa noche polar interminable que a todos nos aguarda...

Cometió, como político, indudablemente, graves faltas, aunque quizá no sean tantas como las que se complace en arrojarle a la cara una crítica casi siempre apasionada. Muchas de ellas son harto discutibles. Sus inmensos servicios a la causa de la democracia en épocas azarosas, son, a mi juicio, bastantes para borrar o aminorar sus yerros; y paréceme suficiente para granjearle el dictado de verdadero patriota, su resuelta actitud, en los revueltos días de la fugaz república española, frente al ejército indisciplinado, a la reacción carlista pujante como nunca, y a la demagogia desbordada amenazando reducir a menudos fragmentos la unidad nacional...

Y me expreso así a fuer [sic] de observador sereno, a quien no ofusca ninguna clase de apasionamientos, pues he militado siempre en las filas de los tenaces e irreductibles adversarios de la manera estrecha y rutinaria de apreciar el ilustre orador ciertos trascendentales problemas antillanos, todavía, por desgracia, incompletamente resueltos.

Debo a Castelar momentos inolvidables de puro placer estético. Aún vibra en mi espíritu la emoción que experimenté, muy joven aún, cuando leí por primera vez la obra quizás más hermosa y artística del gran tribuno: *Recuerdos de Italia*. Sentí algo parecido a un deslumbramiento. Por mi retina pasaron, en sucesión mágica, todas aquellas ciudades italianas por él tan maravillosamente descritas; y admiré extasiado en la incomparable Venecia las torres bizantinas de San Marcos doradas por

los últimos resplandores del crepúsculo, y, sumido en religioso recogimiento, medité sobre la nada de las cosas humanas en el grandioso cementerio de Pisa, y recorrí el Foro romano, portentoso teatro de grandezas jamás igualadas, y, sentado en frágil esquife, contemplé a Nápoles la bella y al Vesubio humeando en medio de extensas y fértiles campiñas...

Otra de sus obras, que hoy me parece de escasa médula, la *Vida de Lord Byron*, fue como una especie de revelación para mi espíritu. El gran poeta inglés, de quien hasta entonces casi nada había leído, apareció ante mi vista con toda su extraña originalidad, con todas las complejidades de su espíritu atormentado; y con interés vivísimo seguí todas las peripecias de su agitada vida, desde sus primeras travesuras infantiles hasta su muerte gloriosa luchando por la Independencia de Grecia, de esa eterna patria espiritual de tantas inteligencias superiores. Dicho se queda que en aquella época de mi vida, época de formación literaria en que no habían venido el estudio y la reflexión a entibiar u oscurecer ciertos entusiasmos juveniles, no veía ni podía ver los grandes defectos de Castelar como escritor, fascinado por su lirismo avasallador, por sus brillantes imágenes, por la pompa oriental de su lenguaje, cosas que me impedían en absoluto apreciar su relativa superficialidad, lo poco nuevo de sus ideas, y su impotencia para penetrar con desembarazo, a guisa de soberano, por la intrincada selva de los más elevados conocimientos humanos, siendo en esto, a mi ver, inferior a Moreno Nieto, a Salmerón, a Sanz del Río, a González Serrano, y a otras notables inteligencias españolas que, sin vértigos ni desfallecimientos, han subido hasta las más altas cimas del pensamiento filosófico contemporáneo.

En varias ocasiones he oído decir, en son de censura, que Castelar no es un orador *a la inglesa*. Ya lo creo que dista bastante de serlo. No tiene, ni con mucho, la sobriedad, la precisión lógica, la profundidad de concepto, la atractiva sencillez

que distinguen a muchos oradores ingleses, Macaulay, por ejemplo, quien se me figura insuperable en sus discursos pronunciados en el Parlamento abogando por la amplitud de los derechos electorales, y combatiendo con invencible fuerza ideológica la intolerancia religiosa. Pero confieso, sin vacilar, que me parece desprovisto de sólido fundamento crítico lo que algunos le achacan como defecto. Y es que, salvo casos aislados, rarísimos, la raza, el medio y ciertas circunstancias se combinan siempre en proporciones más o menos armónicas para formar el orador, y así Castelar, que lo es de primer orden, dígame lo que se quiera, reúne todas las máculas y todas las excelencias que, en mayor o menor grado, caracterizan a todos los que en España cultivan con éxito resonante el arte de la palabra. Como nunca pude contemplar al egregio orador en uno de esos momentos en que hacía a su antojo vibrar al unísono con la suya el alma del conmovido auditorio, fáltame, para poder juzgarlo con entero acierto, el conocimiento de ciertos matices, de ciertos primores, debidos únicamente a la voz y a la acción, y que, por decirlo así, completaban su elocuencia dando al eximio tribuno su verdadera y peculiar fisonomía oratoria.

Lo mismo en el libro que en la tribuna, Castelar es, ante todo y sobre todo, gran artista. Pero artista, entiéndase bien, espontáneo, vehemente, incapaz de domeñar el vuelo de su imaginación, sintiendo como pocos la magia de los colores vivos, de los tonos fuertes, en veces chillones, pero sin el dominio de las medias tintas, y sin nada de los refinamientos y exquisiteces tan en boga en estos últimos años. Fantasía caldeada por el sol meridional; naturaleza helénica pronta a recibir todas las sensaciones; alma impregnada de inextinguible idealidad; devoto convencido de la salvadora eficacia de las ideas democráticas, logró Castelar, como pocos, vaciar en sus discursos y en sus escritos toda la imponderable riqueza pictórica de su paleta, y acaso más que en ninguno de los oradores españoles

del presente siglo, resaltan en sus trabajos, en confusión a veces interesante, todos los grandes defectos y todas las excelencias y filigranas de la lengua castellana, así su anarquía sintáctica, sus irremediables anfibologías, como su reposada majestad, su agradable ritmo, y la soberana fuerza de expresión que tanto la realza y distingue.

En el silencio misterioso de una tumba acaba de extinguirse para siempre la inspirada palabra del más celebrado de los oradores españoles. Triste, muy triste, debió ser su agonía, en esa misma riente Murcia donde con lágrimas del alma lloró la muerte de su gran amigo el poeta José Martínez Monroy, si al despedirse para siempre de la vida miró surgir ante sus ojos expirantes la imagen de España vencida, desangrada, envuelta en los girones de su muerto poderío, azotada por la reacción triunfante, que hoy se ensoberbece pretendiendo menoscabar las libertades públicas a tanta costa alcanzadas, y con la mano del cruel Polavieja encender, quizás, las apagadas hogueras inquisitoriales.

1899



INTERIOR DE UN ALMA

Cerré el libro después de leer por tercera vez el último hermoso capítulo, y me entregué a esa suprema voluptuosidad estética que consiste en repasar mentalmente lo que en la obra leída nos ha impresionado con viveza o conmovido con fuerza. Mariposeo de la fantasía, vuelo de la imaginación por espacios ilimitados, análisis reflexivo del entendimiento, meditación honda y duradera; todo eso y más produjo en mi espíritu, bien lo recuerdo, la lectura de aquel libro en que, bajo formas exquisitamente artísticas, palpita fuertemente todo el abismo de contradicciones y de dudas en que se agita el pensamiento filosófico de nuestra época.

La obra era de Renan, de uno de los siete maestros educadores de la actual generación, según afirma J. Leclerg [sic] en un libro bastante conocido. Declaro con ingenuidad que todo lo escrito por Renan tiene la facultad de cautivarme, de fascinarme en alto grado, tal vez por la tersura y belleza de su estilo, pues no se me oculta que su manera de pensar acerca de muchos altos problemas filosóficos revela solo un diletantismo refinado, un

pensador cuya mirada traspasa poco la superficie de las cosas, sin ninguna de esas intuiciones geniales que caracterizan a Hegel, el último de los grandes metafísicos, y sin nada tampoco de esa elevada y metódica comprensión de los fenómenos sociales que tanto nos admiran en Augusto Comte, el fundador insigne del positivismo contemporáneo.

No sé por qué, pero con toda la sinceridad de que soy capaz confieso que hay momentos en que siento con irresistible fuerza la nostalgia de ciertas creencias ha mucho tiempo desaparecidas de mi espíritu. En mí choca a veces el razonamiento frío y severo con cierto sentimentalismo vago, todo él impregnado de cosas pasadas, que me esfuerzo en dominar sin casi nunca conseguirlo por completo. Y en esos raros momentos se produce siempre en mí un estado de alma propicio a recibir ciertas impresiones; y pasan por mi retina, a manera de visiones luminosas, formas de cosas a que rendí fervoroso culto en otro tiempo, y paréceme como que aspiro, con melancólica placidez, el suave perfume de los floridos días, ya lejanos, en que mi alma se deleitaba oyendo las inefables armonías del órgano bajo las bóvedas de los templos del viejo catolicismo...

Es admirable la manera como describe Renan la lucha que surge en su alma desde que la duda asoma en ella su perfil siniestro, sumergiendo en vivas tribulaciones su conciencia de creyente. Su educación enteramente mística entre las brumas de la histórica Bretaña primero, y sus serios estudios en el severo San Sulpicio después, parecían hacerlo refractario a cuanto fuera poner en tela de juicio los dogmas venerables que iluminaron, con fulgor vivísimo, sus primeros años. Y, sin embargo, poco a poco, lentamente, muy lentamente, empieza la sombra de la duda a invadir su cerebro... Cree al principio avasallarla; pero la duda crece y crece en su espíritu hasta dominarlo por completo. Y entonces Renan —he aquí lo más admirable a mi juicio— sobre las ruinas de sus creencias para siempre perdidas,

sin desfallecimientos cobardes, se irgue olímpicamente sereno, substituyendo sus evaporadas creencias con un escepticismo dulce y resignado que le permite considerar la vida en sus manifestaciones todas con un optimismo en extremo envidiable, bien al revés de lo que ha pasado en casi todas las almas en que se ha efectuado la lucha íntima tan maravillosamente descrita por el eximio autor de la *Vida de Jesús*.

Bien sé que cuando una vez se ha perdido la fe es difícil o imposible recobrarla; bien sé que el río del olvido lleva en sus aguas sistemas religiosos que alimentaron durante largos siglos la aspiración a lo infinito de innumerables generaciones; bien sé que en el andar incesante del tiempo todo sufre inevitables transformaciones, aun la misma idea religiosa a pesar de estar dotada, quizás, de más fuerza de resistencia que ninguna otra; bien sé que a toda hora se proclama la necesidad de destruir todo idealismo religioso para dar lugar a una humanidad fuerte y vigorosa que, renunciando a toda investigación del misterio que nos rodea, crea solo en la realidad de la vida tal como se nos presenta, y se concrete únicamente, en su ansia incesante de verdad, a la indagación de lo que cae de modo directo en la esfera de acción de nuestros sentidos... Bien sé todo eso; pero permítase por lo menos a quien siente todavía la muerte de sus primeras creencias, detenerse un momento en el sombrío camino, y volviendo hacia atrás la mirada, contemplar, siquiera por última vez, los frescos oasis de la fe a cuya sombra bienhechora, en más de una ocasión, encontró el espíritu torturado alivio para sus penas y consuelo para sus dolores.



RESTOS DE OJEDA

Hace algunos años dije en un artículo escrito con motivo del hallazgo de los restos de Alonso de Ojeda lo que sigue:

«La personalidad del hidalgo de Cuenca ofrece al examen del observador rasgos característicos bien acentuados, y por lo demás bastante comunes en la mayor parte de los audaces aventureros que a fuego y sangre sojuzgaron el continente americano. Valeroso hasta un grado apenas creíble; astuto y acomodaticio cuando necesitaba serlo; rápido en concebir y más aún en ejecutar; poco o nada escrupuloso en la elección de medios con tal que estos le condujesen al logro de sus propósitos, aquel *mozo discreto y de muy buen recabdo* (recaudo N. del E.), como le llama el Gran Almirante en una de sus cartas, aparece en primer término en el proceso histórico de la conquista de La Española, con contornos bien delineados, y puede presentársele como el primero, en el orden cronológico, de aquellos arrojados guerreros que, aguijoneados por el deseo de adquirir alto renombre y de enriquecerse rápidamente, se encaminaron espada en mano y seguido

cada cual de reducida hueste, a domeñar diversas comarcas del suelo americano; y tras recio lidiar derrumbaron en Otumba el secular imperio azteca; franquearon colosales cordilleras y se adueñaron de ciudades asentadas al pie de los volcanes andinos: asestaron golpe de muerte a la sólida dominación incásica en el patíbulo de Cajamarca, y sostuvieron con los indomables araucanos, en las orillas del Biobio, la lucha gigantesca que cantó en versos inmortales la musa épica de Ercilla...».

«En casi todo el período de la conquista de esta Isla vése siempre en lugar prominente al incansable paladín castellano. Antes que nadie aparece recorriendo en excursión exploradora las fértiles comarcas cibaenas; comanda luego los refuerzos enviados a la amenazada guarnición del fuerte de Santo Tomás, donde sostiene poco después riguroso asedio; con gran arrojo y reprehensible ardid ejecuta la captura de Caonabo, el heroico defensor de las libertades de su raza; vence en reñido combate al valeroso Maniocatex en el mismo corazón de la Maguana, y a la cabeza de la caballería pone de su parte a la victoria en la decisiva batalla de La Vega, demostrando en todos estos empeños bélicos superior resistencia para soportar las fatigas y las privaciones de la guerra, notable facilidad para improvisar recursos, y un valor legendario, jamás discutido ni aun por sus más apasionados detractores».

Nótase, por lo expuesto, cuán prominentemente se destaca en nuestros comienzos históricos la figura de aquel valeroso caudillo. No es posible recorrer la relación de aquel tejido de grandezas y de crímenes, de aquel cuadro lleno de luz y de sombras que se llama la conquista de La Española, sin que a cada paso surja ante nosotros, en la extensa llanura, revestido de su férrea armadura, montado en brioso corcel de batalla, llevando el terror y la muerte a las filas enemigas, aquel hidalguelo aventurero, de carácter turbulento, de ambición desmedida,

de cuerpo raquítico, en que, sin embargo, se albergaba un alma indomable jamás amilanada por los golpes del infortunio...

Por más que falta casi por completo a Ojeda aquella grandeza moral que con ansiedad busca siempre todo espíritu apacentado en el culto de nobles ideales, y por más que brote siempre de nuestra alma un sentimiento de melancólica piedad al contemplar las apocalípticas desgracias de aquella valerosa raza quisqueyana por él tan duramente tratada, juzgo sobrado injusto negar a Alonso de Ojeda el alto relieve histórico que le corresponde, y más desconocer el papel importantísimo que desempeñó en el dramático cuadro de la Conquista. Para mí Ojeda representa algo así como un pedazo de nuestra vida histórica, y pienso por eso que no podemos entregar sus restos sin desprendernos de algo que muy de cerca nos toca y que tenemos la obligación de conservar...¹

Tal vez me equivoque; pero cuando veo que en todos los pueblos cultos se acentúa de día en día más y más la tendencia a conservar intacto el tesoro de recuerdos que forman como el ambiente de su desenvolvimiento histórico; cuando miro en todas partes el afán con que se busca cuanto tiene relación con personalidades históricas más o menos discutidas; cuando noto en países más adelantados que el nuestro el valor que se da a todo aquello que sirve para dar luz sobre civilizaciones extinguidas, más y más siento arraigarse en mi espíritu la convicción de que cumpliríamos un deber no turbando en su lecho sepulcral las cenizas del batallador capitán Alonso de Ojeda.

No tengo inconveniente en decirlo con la sinceridad de que he hecho siempre alarde: mi opinión en estas materias es de un radicalismo *a outrance*. Si en mi mano estuviera, impediría con todas mis fuerzas la salida del país del más tosco ídolo indígena,

¹ El presente artículo fue escrito a causa de la discusión suscitada con motivo de la petición del Gobierno venezolano de que le fueran entregados los restos de Ojeda.

de cualquier objeto, por insignificante que fuera, que directa o indirectamente se relacionase con nuestra historia. Creo, pues, firmemente que cada pueblo debe conservar con cuidado y esmero lo que posee en esas materias, y que, por consiguiente, obraríamos bien dejando los restos de Ojeda en donde están; en la tierra gloriosa donde transcurrió la parte más importante de su existencia, donde el sol de la victoria acarició tantas veces su cortante tizona, donde apuró todas las amarguras de la desgracia, y donde, torturada el alma por los remordimientos y cubierto con el severo hábito franciscano, pidió depositasen su yerto cuerpo en sitio *en que todos los que entrasen fuesen sus restos lo primero que pisasen.*

1899



DE TODO UN POCO

He pasado un rato de provechoso solaz leyendo el libro que acaba de publicar mi excelente amigo Arístides García Gómez. Es tan raquítica y endeble nuestra incipiente literatura, produce tan poco, que es siempre motivo de justo alborozo para los aficionados a estas cosas, la aparición de un libro, como este, de pura cepa criolla, bien escrito, y digno por varios conceptos, de atraer por un momento la atención de la crítica. Arístides García Gómez, como bien resalta en su obra, es un joven modesto, sin asomos de pedantería, que tiene el raro mérito de decir sin circunloquios y atenuaciones lo que siente y lo que piensa. Ser sincero, completamente sincero, es cosa de que alardea todo hijo de vecino que emborriona cuartillas para el público, pero que en realidad se ve en pocos, poquísimos escritores. En la mayoría de los casos, cada cual dice lo que le conviene, o que no hiere las preocupaciones o los intereses de los más, y nunca, o casi nunca, lo que realmente piensa o crea. Me curo en salud manifestando, desde ahora, que no comulgo con algunas de las ideas vertidas en *De todo un poco*; pero eso

mismo me obliga más a rendir tributo de justicia al autor encomiando, como se merece, la sinceridad que resplandece en todas las páginas de su libro.

Literariamente considerado, Arístides García Gómez no forma parte de la legión de escritores americanos que ofrendan las flores de su ingenio en las aras de modernos ideales artísticos. De forma netamente castiza y un tanto arcaica, su lugar está entre los escritores cada día más escasos que se esfuerzan en mantener el culto de lo clásico, conservando giros y expresiones que se usan ya muy raramente. En algunos pasajes de su libro abundan las frases de pronunciado sabor cervantesco, y en otras, aunque ya por distinto concepto, adviértense reflejos y vislumbres lejanos de la manera literaria del insigne *Figaro*. No se tome lo dicho respecto del lenguaje en sentido de completa censura: mas tengo para mí que de haber vaciado sus ideas originalísimas en moldes menos arcaicos, sería mucho más apreciado escritor tan insigne como Montalvo, quien sí es verdad que tiene fervientes devotos, como el *infrascrito*, no es menos cierto que para la mayoría es muchísimo menos conocido que otros escritores por completo incapaces de poner la ceniza en la frente al ilustre autor de *Los siete tratados*.

En los artículos consagrados a fustigar costumbres y vicios sociales, y son los más de la obra, la sátira, aunque intencionada, no llega a herir, sino toca con bastante suavidad, sin levantar ronchas. Por ciertos rasgos peculiares de sus escritos, tiene Arístides García Gómez puntos de semejanza con dos conocidos escritores americanos: Sales Pérez y Emiro Kastos. Son muy contados los escritores que brillan en la crítica acertada de costumbres sociales, y ello se comprende fácilmente por andar, en todas partes, muy escasas las prendas que se requieren para ejercer con fruto tan delicado y peligroso ministerio. El autor de este libro tiene notables condiciones para ello. Lástima que a veces extreme un tanto su sátira al ocuparse en ciertos asuntos

de palpitante actualidad, que si es verdad tienen sus puntos y ribetes de exageración e incongruencia, bien merecen, por su objetivo de luz y su trascendencia social, ser considerados con menos severidad y más amplio espíritu de tolerancia.

No me encuentro autorizado para dar consejos, y creo también que el autor del libro no los necesita. Sí deseo sinceramente que siga produciendo conforme a su peculiar manera de ver y sentir las cosas, sin falsear por nada ni por nadie su idiosincrasia artística y sin dejarse seducir, como muchos, por novísimos aspectos de la vida literaria, para que así acentúe más y más su personalidad de escritor, que, a mi ver, es de las pocas que tienen verdadero valor entre nosotros.



MCKINLEY

Principia mal el siglo para los conductores de pueblos. El oficio va siendo cada día más peligroso. Se vive, como Mckinley, festejado, adulado, recibiendo ovaciones, contemplando, desde las alturas del Poder, el espectáculo de las pasiones humanas en incesante lucha: y de pronto, cuando menos se piensa, cuando menos se espera, en medio de la triunfal apoteosis, sin transición, súbitamente, estalla el rayo, y un pedazo de plomo detiene aquella existencia para siempre en su carrera de triunfos, y sobre tantos esplendores acumulados por el orgullo humano extiende la muerte presurosamente su fúnebre sudario...

¿Fue acaso un espíritu convencido que obraba a impulsos de un propósito civilizador de verdadera grandeza moral? El nombre de Mckinley está unido al hecho culminante con que se cierra la pasada centuria: la guerra hispanoamericana. Al recoger para su pueblo la mayor parte de los restos del inmenso imperio colonial hispano, pensó, tal vez, que cumplía un deber altísimo llevando el espíritu y las instituciones norteamericanas a gentes de

razas distintas consideradas por él como inferiores a la suya, y que, por consiguiente, para arribar a ese fin, le era indispensable ejercer sobre ellas, a guisa de magisterio moral, una dominación que, desde su particular punto de vista, estimaba a todas luces beneficiosa y necesaria. La alteza de ese fin lo deslumbró, y acaso creyó que para llegar a él todos los medios eran buenos. Ahí estriba su error. Su obra, la obra en cuya realización figura su nombre en primera línea, tal vez resulte sólida y civilizadora, quién lo sabe, pero es hija directa de la fuerza y se basa en la más desconsoladora injusticia...

En ese conglomerado étnico, producto híbrido del cruzamiento de diversas razas, que constituye en la actualidad la gran república del Norte, quedan apenas glóbulos de la sangre de los peregrinos de la *Flor de Mayo*, verdaderos fundadores de aquella grande y floreciente democracia. Esta, por desdicha, sigue hoy, ensoberbecida por el éxito y por su gigantesco progreso material, orientaciones nuevas enteramente distintas de las que tuvo en su primera fase de desenvolvimiento. Parece como que en sus oídos resuena la misma voz misteriosa que impulsaba a los bárbaros del Norte a la conquista del viejo imperio romano, y, disfrazando sus verdaderos propósitos con vanas palabras de humanidad y civilización, se adueñan de nuevos territorios, se hace cada día más agresiva, y eleva altares al éxito alcanzado por la fuerza bruta, a despecho de las seculares tradiciones de respeto al derecho que parecían constituir hasta hace poco el nervio de sus admirables instituciones, en las que el orden y la libertad aparecen unidas en íntimo y luminoso consorcio.

Frente a ese gran pueblo, cada día más vigoroso y pujante, agítanse, estremecidas a ratos por convulsiones epilépticas, sin ideales, sin propósitos verdaderos de enmienda, casi siempre bajo el látigo de torpes mandarines, muchas de estas repúblicas de origen hispano, patentizando, no una inferioridad de raza, que

no existe, sino una manera deficiente de comprender y practicar en todos sus variados aspectos la civilización moderna, resultado necesario de su escasa preparación para la vida nacional, debido, en primer término, al pésimo régimen colonial en que vegetaron durante prolongadas centurias. Para entrar de lleno en la vía del progreso moderno, hay que cerrar forzosamente la era de las funestas guerras civiles. No son esas las luchas que reclama nuestro tiempo. Sirven solo para interrumpir la marcha de la civilización, y esta empieza ya a no tolerar esas interrupciones. Hay que ser fuertes por el trabajo, por la ilustración, por la sensatez, por la cordura, o sucumbir sin honra y sin gloria. Estas repúblicas de nuestra raza tienen que probar ante el mundo que son tan aptas como cualesquiera otras para asimilarse las conquistas de la civilización, o, de lo contrario, según la conocida frase de un estadista inglés, resignarse de antemano a figurar irremisiblemente en el número de los pueblos muertos...

Mckinley se ha dormido en el reposo eterno sin ver terminada enteramente la obra a que consagró todas las energías de su voluntad. El imperialismo norteamericano pierde con él su más caracterizado representante. No ha bajado al sepulcro circundado, como Lincoln, por la admiración universal, con su túmulo funerario cubierto con las rotas cadenas del esclavo; ni ha entrado en lo insondable, como Garfield, con todo el resplandor de una vida apacentada siempre en la austeridad excelsa de un puritano de los antiguos tiempos... Mckinley ha muerto oyendo los gritos de desesperación que lanzan las dispersas huestes que todavía luchan, sin esperanza, por la independencia del archipiélago filipino; ha muerto escuchando los clamores de Puerto Rico, sin personalidad política, sin verdadero gobierno propio, y las quejas de Cuba, constreñida, por la imposición de la fuerza, a soportar una especie de protectorado que falsea tristemente sus más caras aspiraciones... Aunque opuestos en ideas al que

acaba de morir, respetamos en él al hombre convencido, que creía sinceramente estar cumpliendo un deber de patriotismo, cuando en realidad estaba vulnerando los más rudimentarios principios de equidad y de justicia. Ante su tumba recién cerrada nos descubrimos con profundo respeto.

1901



FRAGMENTO

(Del libro en preparación *Narraciones cortas*)

... Joaquinito Téllez era uno de los más asiduos concurrentes a la tertulia de las Rosales. Buen mozo, elegante y rico, tenía entrada franca en los más escogidos círculos de la ciudad. Hijo único de un acaudalado comerciante, que en todo le complacía, cifraba su orgullo en vestir con estricta sujeción a los cánones de la inconstante moda, en poseer excelentes caballos, y, sobre todo, en inscribir a menudo el nombre de una nueva víctima en el ya largo catálogo de sus proezas amorosas. Malas lenguas aseguraban que tenía amores con Pepa Rosales, cosa que esta negaba con bastante firmeza. No fue mucho el fruto que sacó de los colegios en que estuvo; pero no era este el parecer de Don Joaquín, su buen padre, quien creía a puño cerrado que su único vástago era un pozo de ciencia, suponiendo tal vez que los conocimientos del mancebo debían estar en relación directa con el mucho dinero que en su educación había gastado. Leía con alguna afectación, y escribía con letra bastante regular, aunque a menudo incurría en disparates ortográficos de a folio. Para hacer la apología de su sapiencia, baste saber que mientras estuvo

en el escritorio del almacén de su padre no salió de sus manos factura o balance que no estuviese plagado de equivocaciones. Su deficiencia en otras materias era grandísima, lo que a decir verdad no le importaba un bledo.

Le gustaba politiquear con exceso, y así cada vez que la ocasión se presentaba, sin pararse en barras emitía su opinión sobre asuntos políticos de palpitante actualidad, por lo común en sentido netamente opuesto al Gobierno, pues cuanto venía de arriba se le antojaba desprovisto de sana intención patriótica, y digno por lo tanto de acerbísima censura. Creía facilísima la curación de los males que aquejan al organismo nacional; creencia nada extraña en estos pueblos de origen ibérico, donde, cual más, cual menos, no hay bicho viviente que no se juzgue con las dotes indispensables para dirigir con felicidad y destreza la complicada máquina gubernativa... En los días de general excitación, como en vísperas de elecciones presidenciales, cuando estas, caso raro en la historia nacional, se efectuaban con relativa libertad, era Joaquinito uno de los más asiduos en concurrir a las reuniones en que se laboraba por el triunfo del candidato de su preferencia. Claro está que en estas reuniones se reducía su papel al de mero espectador, pues a pesar de su conocida verbosidad, no era Joaquinito hombre capaz de subir a la tribuna para pronunciar fogosas arengas enderezadas a despertar el entusiasmo del impresionable auditorio, como hacían otros a quienes por esta causa miraba con admiración no exenta de un tantico de envidia. Es indudable que su carencia de ciertos conocimientos le impedía apreciar en su justo valor la trascendencia de aquellas frases retumbantes de *soberanía popular*, *democracia representativa*, *derechos inalienables e imprescriptibles* y otras de idéntico calibre que a menudo resonaban en sus oídos; más ello no era óbice para que se asociara a las ruidosas expansiones a que con motivo de tales discursos se entregaba frecuentemente la concurrencia, ya que para él como para muchos de los

circunstantes, toda aquella fraseología sonaba bien, más por la desazón que causaba a los del bando contrario que por lo que real y positivamente significaban las palabras.

Pero el principal afán de Joaquinito consistía en pasar entre la gente como un nuevo don Juan Tenorio, logrando ser así considerado por algunos mozuelos de su laya, que ordinariamente formaban su séquito, y que, menos audaces o más faltos de monises que él, no habían podido realizar las ruidosas calaveradas de que se ufanaba Joaquinito. De lo que continuamente propalaba respecto a nuevas conquistas femeniles, necesario era rebajar la mitad por lo menos, puesto que entre sus muchos defectos poseía el gravísimo de ser un tanto alabancioso. Agradábale en sumo grado referir sus hazañas, y lo hacía con mucha gracia y cierto desparpajo muy del agrado de su complaciente auditorio, compuesto regularmente de amigotes de buen humor, veteranos como él en esta suerte de aventuras, para quienes siempre tenía palpitante interés el picante relato... En resumidas cuentas, solo se encontraba por completo satisfecho, cuando, por esto o por lo otro, se convertía en el blanco de todas las miradas, y realizaba de esa manera su constante propósito de llamar la atención de cualquier modo.



HOMENAJE (JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ)

Evoco mis recuerdos, y paréceme todavía verle sentado en su despacho notarial, frente al viejo escritorio donde aparecían en curiosa mezcla libros de amena literatura y escrituras de ventas o de hipotecas, departiendo cariñosamente con los pocos amigos de confianza que casi de cotidiana manera solíamos pasar allí un rato de agradable tertulia. En aquella atmósfera de expansiva intimidad cada cual hacía derroche de elocuencia; se comentaban con absoluta libertad los asuntos del día, y, con frecuencia, dejaba José Joaquín caer de sus labios, sazonado con gracia, el interesante sucedido de reciente fecha o el chispeante chascarrillo bien salpicado con todas las sales de su fecundo ingenio.

Jamás hablé con él sin que a vuelta de algunas consideraciones sobre temas de palpitante actualidad, no fuera infaliblemente a parar la conversación a esa esfera superior del alma humana que se llama el Arte, donde, para ciertos espíritus, hay siempre manantial copioso de satisfacciones inefables... Olvidábase entonces el poeta del trajín de la vida diaria, del deber imperioso de ganarse el

pan de cada día, y se desquitaba por un momento de toda esa sombría realidad expresándome su manera de pensar sobre las últimas producciones literarias que había leído. Recuerdo que la última vez que nos vimos hablamos largo y tendido acerca de un libro de Gabriel D'Annunzio, difiriendo bastante nuestros juicios al apreciar el carácter y tendencias de las obras del insigne novelador italiano. En esos instantes recitábame a menudo versos suyos aún no publicados, y, honrándome, en un grado que sé no merezco, me pedía mi opinión sobre ellos, la cual, casi siempre, no era otra cosa que una aprobación entusiasta sin reservas ni restricciones.

Después de Salomé Ureña, era, sin duda, José Joaquín el primer poeta dominicano y uno de los mejores de este continente. Hundido ya, prematuramente, en la noche del no ser, solo veo entre nosotros, sin ambages lo digo, como único capaz de recoger su herencia, a Gastón Deligne, el cantor inspiradísimo de «Angustias» y «MairenÍ», dos joyas de raro valor: poeta de cuerpo entero, encadenado, por desgracia, a la prosaica vida del comercio, que le roba el tiempo que con tanto lucimiento podría emplear en bien de las letras americanas.

En extremo instructivo sería un estudio que abarcase el examen concienzudo de toda la obra poética de José Joaquín, desde sus primeros versos pertenecientes a esa clase de poesía, tan común en América, que Enrique José Varona llama *arrulladora* en un selecto trabajo; poesía que constituye su primer manera literaria, si así puedo expresarme, y en la que culminan su hermosísima composición «La vuelta al hogar» y algunas de *Fantasías indígenas*, hasta estos últimos tiempos en que, sin falsear en nada el carácter esencialmente americano de su poesía, su fantasía creadora, ya en plena evolución, marca su cada vez más acentuada tendencia hacia el *modernismo* en «Contornos y relieves» y otros hermosos versos suyos donde se revela acabado parnasiano en cuanto a lo escultural y marmóreo de la forma, sin

descender jamás a ciertas puerilidades y simplezas que algunos suelen poner por las nubes y que aplauden hasta desgañitarse ciertos críticos sietemesinos de última hora...

Mérito excelso de nuestro gran poeta, es para mí el haber sabido o podido, contra lo que generalmente acontece, desprenderse de ciertos hábitos mentales que con la edad tienden a arraigarse, y sin apasionamientos infecundos, conservando de lo pasado lo que merece conservarse, aceptar de lleno *lo nuevo*, y moverse, con amplio espíritu ecléctico, en regiones artísticas recientemente recorridas por exploradores egregios, no extremando, por ningún concepto, la tendencia innovadora, ni incurriendo, como muchos, en deplorables excesos antiestéticos. Se puede sentir intensamente toda la voluptuosidad del color y de la línea, sin que para expresarla sea necesario recurrir a efectismos rebuscados, a perturbar de modo arbitrario y violento el ritmo, ni a confundir formas de Arte que tienen su esfera de acción bien definida. Donde para el vulgo, para la inmensa mayoría, apenas se advierte algo que atraiga la imaginación, hay para el verdadero artista mundos de luz y de poesía. El toque está en descubrir esos mundos ignorados de la generalidad, sorprender la nota melancólica o alegre que de ellos se desprende, y encerrarla en moldes exquisitos para goce y solaz de las almas refinadas. Más que ninguno entre nosotros, tuvo José Joaquín esa visión superior de las cosas que solo posee el verdadero poeta. Por eso en sus armoniosos versos resplandece con vivo colorido la riente naturaleza intertropical, palpita en sollozos de angustia el alma de razas extintas, y laten con fuerza muchos de los desencantos de esta época de egoísmos y de dudas en que, bajo un cielo sombrío, arrastramos penosamente la fatigosa carga de la existencia.



LA RELIQUIA

Eça de Queiroz, el insigne novelador lusitano, pertenece, con indiscutible derecho, al glorioso cenáculo de escritores modernos en que se tributa de continuo culto a la forma primorosamente artística, casi perfecta; al estilo de refinada nitidez, de contextura marmórea, terso, rítmico, pictórico, trabajado con la misma ansia de perfección, con el mismo exquisito cuidado con que cincelaban sus joyas admirables los grandes orfebres del Renacimiento. Y a todas esas notables cualidades de estilo que brillan como deslumbradoras facetas de rico diamante la labor literaria del autor de *El primo Basilio*, hay que agregar, como propiedad dominante, la frase concisa, de precisión verdaderamente extremada, y que, sin embargo, como se ha notado ya, le permite conservar la idea en toda su prístina espontaneidad sin menoscabo alguno de la completa expresión del pensamiento, y le deja campo apropiado para una espléndida floración de ricas imágenes, exactas, afilegranadas, sugestivas, rebosantes de fuerte colorido o de suaves y delicados matices.

Harto sé que muchos de los críticos que han hecho el estudio de toda la producción artística de Eça de Queiroz, han encontrado entre esta y la del autor egregio de *Madame Bovary* varios puntos de semejanza y de contacto; circunstancia que ha hecho amenguar algo la justa fama del gran escritor portugués en el concepto de los que se han formado de la originalidad una idea falsa o completamente exagerada. No seré yo, ciertamente, quien ponga en tela de juicio la opinión de tales críticos, pretendiendo negar la evidente relación intelectual que existe entre ambos escritores. De mí sé decir que más de una vez, al recorrer las páginas vibrantes de *La reliquia*, obra que acabo de leer y en la que abundan las descripciones de refinada sobriedad, de pasmosa exactitud y verdadera poesía, he sentido mi pensamiento, tan solo por ciertas resaltantes analogías de estilo, arrastrado invenciblemente hacia Flaubert, ese maravilloso artífice de la frase, de tal manera que, sin que los argumentos, los personajes y las situaciones de ambas novelas se parezcan absolutamente en nada, han resucitado en mi memoria todas las hermosas escenas de *Salambó*; y, como evocada por mágico conjuro, radiante y belicosa, tal como vive en aquel interesante libro, he vuelto a ver la gran ciudad cartaginesa, el poderoso y último baluarte de la civilización púnica, con toda su grandeza histórica, con sus costumbres feroces, sus fiestas sangrientas, sus odios seculares de familias ensoberbecidas...

Desde la primera hasta la última página de *La reliquia* resalta expuesta crudamente, sin eufemismos ni atenuaciones, la tendencia a fustigar, con implacable dureza, determinadas creencias religiosas... Esta obra, como tantas otras de estos últimos tiempos, contiene radicales negaciones y pretende reducir a pavesas cuanto encierra de sobrenatural la leyenda de los orígenes del Cristianismo. En el desarrollo del argumento, que en realidad tiene poquísimo valor y solo parece ideado para producir efectos chistosos, el autor prodiga los incidentes

cómicos, los pasajes de vida libertina en que se destaca, en primera línea, Teodorico Raposo, el personaje principal de la novela, socarrón e hipócrita si los hay, siempre engañando con extremos de fingida devoción a su fanática tía Doña Patrocinio de las Nieves, con el firme propósito de conquistarse por ese medio su benevolencia y hacer que caiga en sus manos pecadoras la cuantiosa herencia de la santurrona vieja. Y no se sale al fin con la suya, pues por un incidente jocosos que él mismo no se explica, se queda Teodorico con tamaño palmo de narices, y cogido, como quien dice, en sus propias redes... En todo el curso de la narración, como chasquidos de látigo, parece que se oyen los golpes de una sátira cruel, sangrienta, en veces evidentemente exagerada... Aun admirando, desde el punto de vista artístico, toda la riqueza de colorido y todo el valor real que atesora esta parte del libro, que es la que ocupa mayor espacio, confieso francamente que todo ello no me ha causado el goce estético que las ochenta primorosas páginas del capítulo tercero, el nervio de la obra a mi ver, en que con copia minuciosa de detalles, con verdadero derroche de color, con soberana fuerza descriptiva, con saber arqueológico de buena cepa, se relata el *ensueño glorioso*, la visita hecha a Jerusalén por Teodorico Raposo, «un día abrasador del mes de Nizán, siendo Poncius Pilatus procurador de la Judea, Elius Lamma legado imperial de Siria y J. Kaiapha Sumo Pontífice».

No surge de este relato, con vigorosa fuerza plástica, con todo el relieve de su positiva grandeza, la serena figura del inmortal religionario de Judea. En el transcurso del tiempo se han desvanecido muchos nombres resonantes a que las circunstancias del momento prestaron refulgente nimbo de falsa inmortalidad: pero todavía atrae con hipnotizadora seducción, con el poder irresistible que emana de lo misterioso y desconocido, este Jesús tan combatido y tan negado, que en pugna de todos los instantes con las preocupaciones de su tiempo, con los intereses

sórdidos continuamente flagelados por su palabra encendida y persuasiva, se extingue serenamente en la muerte en holocausto de su idea redentora, y deja tras sí, como cristalización sublime de su pensamiento luminoso, el germen de asombrosa fecundidad de que ha de brotar el movimiento de reforma social de más alta trascendencia que menciona la historia.

El sentimiento religioso no ha esculpido jamás en la conciencia humana figura de tanta excelsitud moral como la del fundador del Cristianismo. No me satisfacen por eso, el querer explicar a Jesús, ni el *mito* mesiánico que sostiene Strauss basado en las investigaciones históricas y filológicas de la escuela de Tubinga, ni la figura de indecisos contornos que traza Renan con todo el poder de su talento, ni el tipo de humanidad imperfecta que ilumina, con mortecina luz, el cuadro de la Jerusalén histórica que con tanta brillantez se describe en *La reliquia...* Podrá, si se quiere, despojarse a Jesús de la aureola de divinidad con que sobre su elevado pedestal de gloria lo veneran todavía millones de creyentes, y decirsele, como Alfredo de Musset, en *Rolla*:

La dulce fe de tu bondad reflejo
en mi cansado pecho ya no arde:
nacé en un siglo demasiado viejo,
para creer en ti nacé muy tarde!

Pero nunca será *tarde* para admirar a Jesús como modelo de perfección moral y como el consolador por excelencia de los grandes dolores; y, a pesar de las mudanzas de los tiempos, el sentimiento humano lo contemplará siempre, al través de la leyenda, sereno y majestuoso, bajo el palio de las tardes apacibles de Galilea, a la orilla de los caminos polvorientos, sobre las inquietas ondas del lago de Tiberíades, derramando, como lluvia de celeste luz, su verbo de amor, de tolerancia, de resignación y de consuelo sobre las almas tristes y angustiadas, y haciendo

surgir ante ellas, como inmarchitable flor de redención, la consoladora creencia en la vida infinita, en los goces de la eterna bienaventuranza...

Cuanto se narra en el capítulo tercero reviste un encanto indecible, que va poco a poco infiltrándose en el espíritu hasta enseñorearse de él por completo. La descripción del viaje, en la alta noche, desde las márgenes del Jordán a las murallas de Jerusalén, y la llegada a la ciudad sacra toda resplandeciente de sin par belleza al romper el alba del 15 de Nizán, día en que han de ocurrir portentosos sucesos, es de notable mérito artístico, lo mismo que la conversación en casa de Gamaliel, donde el fariseísmo imperante representado por sabios doctores del Sanhedrin arroja sobre el Rabi Jeschona, el dulce Jesús de Nazareth, toda suerte de odiosas calumnias, todas las infamias que los odios del sectarismo fanático o los intereses heridos suelen producir en parecidos casos, y las cuales, solo uno de los presentes, el esenio Gad, rechaza vigorosamente, con indignación mal disimulada... Palpitantes de vida artística aparecen las escenas que se suceden en el Pretorio; es magnífica la descripción del Templo, y entrañan vivo interés los curiosos incidentes con que la fantasía del autor borda el episodio en que se refiere la misteriosa desaparición del cadáver de Jesús.

Siento no poder extenderme más en la apreciación de este libro, que he leído con verdadera fruición estética y que me ha interesado de notable manera. No sé por qué; pero no obstante el tono festivo empleado en toda la narración y las múltiples situaciones cómicas que contiene la obra, he sentido desprenderse de ella un soplo de vaga tristeza, como si en sus páginas palpitate el dolor de un mundo envejecido, escéptico, próximo a rendir su último aliento... Verdad es que la porción más selecta de la literatura contemporánea se encuentra también influida por ese mismo espíritu de amargo pesimismo, de incurable desesperanza. El alma moderna, angustiada y enferma, profundamente

perturbada por tantas ideas contradictorias que aspiran en vano a la posesión de la verdad siempre inasequible, se agita impotente en un océano de vacilaciones y de dudas, y, desesperada, vuelve la mirada investigadora al horizonte oscuro, que continúa misterioso y mudo como la esfinge líbica... Por esa circunstancia se me ocurre, en veces, comparar esa parte de la literatura de nuestro tiempo que tiene por musas inspiradoras el dolor y la duda, a un jardín hermosísimo, artísticamente trazado, lleno de flores exquisitas de coloraciones raras y de turbador perfume, de continuo cubierto por un cielo sombrío, de tonos intensamente grises, y oreado siempre por una brisa de acariciadora suavidad que trae en sus alas impalpables efluvios de desolación y de muerte.



¡«MISERERE»!

En frase breve, de corte verdaderamente sintético, ha expresado Anatole France, ese artista exquisito y sugestivo por excelencia, esta observación hermosa y exacta: «no hay verdadera poesía sino en el deseo de lo imposible o en el sentimiento de lo irreparable».

Lo que generalmente se toma por poesía, no puede, ni con mucho, merecer nombre tan excelso. En lugar del sentimiento vivo y sincero, surgido con vigoroso brote al calor de una impresión honda y avasalladora y del que se desprende con natural espontaneidad la creación poética, adviértese, comúnmente, un sentimentalismo empalagoso, artificial, casi siempre imaginativo, del que fluyen copiosamente esas oleadas de versificación hueras y cansada que inundan casi de continuo las columnas de los periódicos hispanoamericanos... Como es natural; de tarde en tarde, de en medio de ese caos de puerilidades y extravagancias, brotan chispazos de verdadera inspiración, y no se necesita ser muy zahorí para comprender que quien los produce pertenece al escasísimo número de los privilegiados, de los poseedores de envidiables

facultades creadoras, capaces, sin duda, de dar de sí obras de verdadero mérito. Estos mismos, desgraciadamente, marchan muchas ocasiones a tientas y rara vez aciertan a descubrir su anhelado camino de Damasco por acatar influencias malsanas o por seguir ciegamente los novísimos cánones de estéticas aún no bien depuradas y por regla general pésimamente comprendidas.

«No todos pueden ir a Corinto» decían los antiguos, pero si esa frase encierra un mundo de verdad para muchos aspirantes a poeta, de Enrique Henríquez, el inspirado autor de «Miserere», sí puede afirmarse que ha ido y que ha retornado de su peregrinación artística con la frente ceñida de laureles ganados en lid seria y honrosa... Produce muy poco, pero lo que produce tiene vigoroso relieve poético y aparece las más veces exquisitamente cincelado como joyel florentino de delicados esmaltes. Hasta ahora solo había revelado en sus rimas, sencillas y breves, sensaciones fugitivas, impresiones íntimas de pronunciado sabor erótico, que dan a sus versos, henchidos de penumbras y de anhelos, carácter personalísimo, como si fueran himnos improvisados y entonados a media voz por un sacerdote venusto, en la soledad de marmóreo templo pagano, a no sé qué deidad hechicera, de busto estatuario, de deliciosas morbideces... No imita a nadie, y si su vaso no es ciertamente grande, bien puede ufanarse de decir, como un celebrado poeta francés, que «bebe en su propio vaso».

De ese género de poesía no hay ni rastro siquiera en las vibrantes estrofas de la composición que acaba de ser justamente premiada. La mariposa se ha convertido en águila, y del riente llano que recorría tras el matiz y el perfume de las flores, ha ascendido, con poderoso vuelo, a los espacios de donde se desprende atronador el rayo... No hay en «Miserere» desmayos ni caídas. Parece hecha de una sola pieza, como estatua helénica labrada con un solo trozo de mármol pentélico.

Producto de un estado de alma fielmente expresado, y por el cual, ¡ay! hemos pasado muchos en estos últimos tormentosos tiempos, vibra en esa poesía una emoción intensa y amarga, que poco a poco se adueña del lector capaz de sentirla... Angustia inmensa se enseñorea del espíritu al pensar en las trágicas escenas que la guerra civil, sangrienta y pavorosa, ha hecho pasar ante nuestros ojos asombrados. Errores, impacencias, apetitos disfrazados con palabras retumbantes que solo tienen ya significación para gentes vulgares, han ido paulatinamente enfermando el alma nacional, y, si así se sigue, si no se consolida una paz bienhechora y fecunda, si la excrecencia cancerosa del pesimismo sigue ganando terreno, si no surge, oportunamente, el concierto armónico de voluntades que la obra de nuestra reconstrucción demanda, preparémonos a pasar por el más negro, por el más atroz de los infortunios; el de contemplar, con el alma destrozada, la extinción rápida o gradual, pero segura e indefectible de la gloriosa nacionalidad dominicana...

Con fulgores de astro, esplenden en «Miserere» felices ideas, expresiones adecuadas y hermosos pensamientos, todo ello vaciado en la turquesa de una forma correcta, depurada de anfibologías, exenta por completo de ciertos neologismos de pésimo gusto actualmente muy socorridos. Mi criterio estético, tolerante y de manga ancha hasta cierto punto, no me permite seguir el conocido procedimiento valbuenesco de buscar con ahínco ciertas nimiedades de carácter puramente gramatical o retórico: en materia de versos, cuando estos son buenos, como sucede en el presente caso, saboreo con vivo goce estético la emoción que me han producido sin importármese un ardite de tales o cuales imperfecciones más o menos resaltantes que puedan encontrarse en ellos. Respecto de «Miserere» solo sé decir, con mi sinceridad de costumbre, que la he leído con viva fruición y que he encontrado realizada en

tan bella poesía esa admirable compenetración del fondo y de la forma que constituye, a mi juicio, el timbre de más alta perfección que puede resplandecer en toda clase de producciones literarias.



SEBASTIÁN EMILIO VALVERDE

I

Tengo ante mi vista su retrato, y paréceme contemplarlo de nuevo vivo y sonriente, con toda la prestancia de su figura arrogante y gallarda, de aspecto marcial, de rasgos bien acentuados, en la que se descubría cierta natural altivez sin asomos de afectación, como de hombre acostumbrado a dejar caer de sus labios frases de mando y a ver con desdeñosa indiferencia el triste espectáculo de las pasiones humanas en pugna mortífera e inacabable...

Le conocí en Puerto Plata, hace muchos años, en un salón de baile, envuelto en el ambiente de prestigio popular que le habían granjeado hechos bélicos muy recientes, y data desde ese momento la íntima amistad que nos unía. Por aquel entonces, bajo la acción del sol primaveral de los veinte años, florecían en mi alma los ensueños, revoloteaban en multicolor enjambre las mariposas de la esperanza, y, como bandada de aves canoras, emprendían el vuelo las ilusiones hacia esos espacios luminosos que la fantasía juvenil se complace en crear a despecho de las tristes e inflexibles realidades de la vida. El ala negra de la decepción no había aún rozado mi frente,

y en mi pecho, como en sacro recinto, ardía la llama de inquebrantable fe en ideales, ya desaparecidos en la sombría noche del más acerbo desencanto... En todo el esplendor de su belleza varonil, verdaderamente apolínea, atraía él todas las miradas y levantaba a su paso murmullos de simpatía, como si su cabeza de efebo heroico, digna de un viejo medallón, se destacase nimbada por los resplandores del hecho de armas que acababa de realizar con una decisión y un arrojo propios de antiguos y renombrados paladines.

A su alrededor se formaba una especie de leyenda, de resonancia épica, y, como rumores lejanos, parecían oírse los sonidos del clarín y los disparos de la fusilería, cuando se contaba, cómo, ya casi vencida la revolución de que él formaba parte, en momentos en que el desaliento llevaba su frío de muerte a todos los corazones, por un arranque propio de su alma espartana, seguido de un grupo de valerosos compañeros, se había adueñado por medio de un vigoroso asalto del fuerte de San Luis, ante el cual, convertido en apropiada base de defensa, vinieron a estrellarse los esfuerzos de los servidores del Gobierno, haciendo así posible el completo triunfo de aquel movimiento revolucionario.

Las circunstancias nos hicieron encontrar después en muchas ocasiones, acrecentando de día en día el afecto que nos profesábamos, y por eso resonó en mí sombría y dolorosamente el ruido de la descarga que puso trágico fin a su vida ejemplar en el desolado campo de los Amaceyes, y sentí como si en mi alma, presa de honda emoción, se escuchara el fúnebre tañido de campanas distantes, despertando con sus melancólicos sonos todos los recuerdos del amigo inolvidable tan tristemente desaparecido en la lobreguez infinita de la muerte.

II

Era Sebastián Emilio Valverde una personalidad representativa, de esas que son tan escasas en nuestro perturbado medio social, donde, por virtud de múltiples causas, casi todas las actividades sociales, salvo pocas excepciones, tienden, con irresistible impulso, a moverse en la esfera de acción de lo [que] [N. de E.] aquí llamamos política; de una política que en realidad dista mucho de merecer tal nombre, estrecha y rutinaria, cuajada de suspicacias y recelos, sin ideales, sin horizontes, y por completo favorable para el rápido encumbramiento de verdaderas nulidades, pues basada constantemente en un personalismo torpe e infecundo, no da ni puede dar de sí verdaderos estadistas, caracteres de vigoroso temple, idóneos para implantar progresivamente las radicales innovaciones que exige imperiosamente nuestro organismo nacional, ya tan debilitado por causa de tantas y tan frecuentes conmociones intestinas.

Aprisionado Sebastián Emilio Valverde desde muy temprano, entre las estrechas mallas de la política personalista, pues difícilmente hubiera podido sustraerse de ella, si se atiende al medio en que vivía, demostró, sin embargo, en muchas ocasiones, que aquella atmósfera, letal para casi todos, no había menoscabado, ni mucho menos, las resaltantes cualidades de su carácter entero, como hecho de una sola pieza, y que él no era, ni podía ser uno de tantos...

Así, cuando pudo escaparse definitivamente de ese ambiente, respirar aires más puros, entregóse de lleno al propósito de toda su existencia: conquistarse una desahogada posición económica por medio de la aplicación completa de sus facultades al trabajo, y espléndida confirmación de esto son las diversas empresas industriales que supo llevar a feliz término. Era cualidad característica de Sebastián Emilio Valverde la enérgica decisión de una voluntad acostumbrada a dominar las resistencias, y a vencer,

cualesquiera que fuesen, los obstáculos amontonados en el camino. Poseía, en alto grado, eso que Stendhal llama acertadamente «la conciencia del yo». En las obras de carácter industrial que acometía, rara vez se equivocaba: sabía distinguir perfectamente su mayor o menor suma de utilidad, calculando y pesando con verdadera precisión las ventajas y los inconvenientes. Su ojo certero de hombre práctico veía siempre lo que para muchos permanecía oculto, y donde se creía que iba a fracasar ruidosamente, su conocimiento del asunto, su energía y su tenacidad concluían, a la postre, por conquistarle el galardón de un triunfo hartamente merecido.

En su espíritu perfectamente equilibrado, no predominaban las influencias morbosas de un atavismo étnico que hace que en estos pueblos florezca, con vigoroso brote, ese lirismo romántico malsano que, casi por lo general, echa a perder o falsea ciertas facultades por completo necesarias para la lucha por la vida, para la positiva realización de ideales de verdadero progreso y de civilizadora influencia. Ese sentimentalismo exagerado que llevamos derretido en la sangre y que nos constriñe a subordinarlo todo a la primera impresión, dando por resultado, casi siempre, los desastrosos efectos de que después nos admiramos tontamente, había echado poquísimas raíces en Sebastián Emilio Valverde, en cuyas venas, por curioso contraste, parecía como que circulaban glóbulos de sangre sajona, por su probado desprecio de ciertas sensiblerías al uso, por su afición al lado práctico de las cosas, y por otros aspectos de su carácter que bien conocíamos cuantos le tratamos con intimidad durante largo tiempo.

Y por extraño conjunto de circunstancias que no quiero analizar ahora, esa personalidad de tanto mérito intrínseco, tan bien equilibrado, vino a encontrar muerte de revolucionario obscuro, poco menos que abandonado, en una ceja de monte, casi sin poder defenderse, cuando su figura simpática aparecía a los ojos de todos como la de un gallardo justador en las luchas

incruentas y salvadoras del trabajo ennoblecedor y fecundo, y cuando, de morir como guerrero, debiera haber sido en plena lid, atacando con su acostumbrado arrojo a las huestes contrarias, como en la trágica madrugada de aquel 12 de enero en que con decisión heroica clavó la bandera revolucionaria en las almenas del fuerte de San Luis.



EL JARDÍN DE LOS SUEÑOS

Aún no se ha borrado de mi espíritu la impresión de honda angustia que me produjo la lectura de *El jardín de los suplicios*, de Mirbeau; libro extraño en el que se describen minuciosamente, con delectación morbosa, todos los procedimientos de dar la muerte inventados por la refinada crueldad de ciertas razas orientales... De sus páginas plenas de estertores y de gestos horripilantes, se exhala un vaho de olores nauseabundos, de cosas putrefactas, de sangre corrompida, que pone en constante tensión los nervios y amenaza inundar el cerebro con el oleaje del vértigo...

Instintivamente, por ciertas resaltantes analogías del nombre de la obra, pensé en Mirbeau al recorrer los hermosos capítulos, henchidos de sonoridades y coloridos, en que Tulio M. Cestero ha vaciado su alma de artista, compleja y refinada, a ratos deliciosamente escéptica, a ratos postrada, con fervores de creyente, ante los dioses efímeros que la falta de verdaderos ideales estéticos pone de continuo en adoración en los cenáculos de la vieja Lutecia... Pero diferentes, totalmente diferentes

de las escenas de Mirbeau, son los primorosos cuadros de *El jardín de los sueños*. Dotado Cestero de verdadero temperamento artístico, hace derroche de un estilo subidamente pictórico en el que derrama, con mano pródiga, todas las flores, caprichosas y raras, de ciertos jardines intelectuales por cuyas sendas, pobladas de misteriosos rumores, solo transitan, con místico recogimiento, algunas almas selectas, agobiadas por la nostalgia de ideales imposibles, y rebeldes por completo a muchos convencionalismos y vulgaridades imperantes en la vida social contemporánea.

Como a todo temperamento verdaderamente colorista, le sucede a Cestero preferir lo externo a lo interno, lo objetivo a lo subjetivo, obsesionado constantemente por el empeño de exteriorizar sus sensaciones en forma lo más personal posible, donde las palabras entrañen más valor como signos aproximadamente representativos de notas y de colores que de palabras mismas. En el arte moderno, arte libre por excelencia, en el que campea el más radical individualismo, este procedimiento, cuando no se le exagera o desnaturaliza, antes amerita aplauso que pide acerba censura. Enterradas ya, o poco menos, todas las escuelas literarias que tanta polvareda levantaron en la pasada centuria, la personalidad artística se irgue libre de ciertas trabas, y, por lo general, busca derroteros poco conocidos que a veces la conducen al éxito brillante y ruidoso, y a veces, bajo el imperio de una preocupación a que todo se subordina, a la sombría celda en que vibra dolorosamente la estridente carcajada de la locura... La naturalidad, la sencillez, la claridad de la expresión, ayer, hoy y siempre, arguméntese cuanto se quiera en contrario, factores de primer orden en toda buena producción artística, reciben a menudo, injustamente, los dardos de algunos escritores de cepa modernísima, quienes, influidos por diversas circunstancias del momento, preconizan lo artificioso y raro como la prenda de más alta perfección que puede atesorar cualquier creación literaria...

Mi criterio estético, amplio y desembarazado por entero de dogmatismos de escuelas o de cenáculos, me permite seguir con interés las curiosas evoluciones del arte de actualidad, sin que lleguen a espantarme ciertas audacias, ya vulgares de puro repetidas, ni asombrarme muchos éxitos resonantes que son, a mi ver, meros exponentes de un estado morboso generado por mil causas distintas y necesariamente transitorio... Y si la forma que cultiva con prolijo esmero un notable grupo modernista, adolece, en algunas ocasiones, por más vistosa que aparezca, de cierta monotonía producida por la repetición enfadosa de palabras de un vocabulario que empieza a gastarse, también en lo interno incurre en idéntica falta por la constante tendencia a inspirarse en ciertos asuntos, de los cuales, como de manantial inagotable, quiere sacar todas sus comparaciones, sus citas y sus imágenes. El primero y el mejor tratado tal vez de esos asuntos lo constituye el arte griego, expresión luminosa y armónica de una civilización que embalsaman perennemente las rosas de una eterna primavera, y que ha sido y será siempre el arte por excelencia, el arte típico, a causa de sus insuperables cualidades de sencillez, fuerza y armonía... En segundo término, el Renacimiento italiano, momento histórico en que el espíritu se postra de nuevo en actitud de adoración ante los rientes dioses paganos, y el cual, aunque mucho más próximo a nosotros, en el orden cronológico, que el arte clásico, es bastante menos conocido que este, salvo contadas excepciones, por parte de muchos que, sin pararse en barras, traen con frecuencia a colación personajes u obras artísticas de aquel interesante período de la historia humana. Para convencerse de la falsedad de ciertas citas y de lo exagerado de algunas cualidades atribuidas a guerreros y artistas de aquel tiempo, basta leer *Le Quattrocento*, por Philippe Monnier, obra hace poco publicada y en la que abundan todos esos detalles históricos que tanto sirven para determinar la verdadera y especial fisonomía de una época. Y en último

lugar, por más moderna y más insustancial, toda aquella parte de la décima séptima y décima octava centuria tan minuciosa y concienzudamente estudiada por los Goncourt. Hastiados del prosaísmo circunstante, los Goncourt, como genuinos artistas, se fueron con el pensamiento a otro tiempo, y encontraron en los jardines de Versalles los materiales para reconstruir, de pasmosa manera, un mundo artificioso y cortesano ya casi desaparecido en los horizontes del olvido... Pero aunque siempre me seduce el arte helénico cuando no se le desnaturaliza o falsea, y siento a veces la poesía que emana del Renacimiento, confieso que ya me va fastidiando soberanamente esa monótona y fría pintura de damas elegantes y vivarachas y de abates galantes, improvisadores de lindos madrigales, que, con el más refinado sibaritismo, se entregan a fútiles expansiones en la soberbia residencia del Rey Sol y del corrompido y escéptico amante de la marquesa de Pompadour.

La extremada inclinación a lo pictórico, pone a veces en algunos de los cuadros de Cestero coloraciones subidas, evidentemente exageradas. En «Sanguina», página de las más hermosas de *El jardín de los sueños*, hace al principiar, extremando ciertos efectos, como derroche de la técnica del color particularmente en lo que al rojo se refiere, procedimiento que no sé por qué me hace pensar en aquel personaje de *Manette Salomón* que, idólatra del color, «se pasaba las horas ante los escaparates de mineralogía embelesado con los azules de azurita de un azul de esmalte chino, con los lánguidos azules de los cobres oxidados»... Pero descontando lo recargado de color de algunos pasajes, lo que indica no ser la sobriedad cualidad predominante de su pluma, y ciertas incorrecciones de lenguaje, esplende en todo el libro de Cestero una riquísima floración de imágenes bellísimas, de frases admirablemente cinceladas, suficientes para consagrarle como escritor notable poseedor de un estilo vibrante y sugestivo. Tonalidades suaves, delicadas, casi vaporosas, como

copiadas de esos países de ensueño donde florece la quimera, esmaltan algunos de los preciosos cuadros del libro, los que parece como que piden artísticos marcos de oro cuajados de deslumbrante pedrería. Tulio M. Cestero, a mi juicio, es, entre nosotros, la más fiel representación del arte literario moderno, de última hora, y ello con todos los aciertos y errores que cualquier espíritu perspicaz puede fácilmente descubrir en los aspectos más recientes de la evolución literaria. Lamento únicamente —y ya se empieza a notar— que su ejemplo eche a perder una turba de imitadores que, seducidos por la hermosa brillantez de su estilo, se den inconscientemente a exagerar sus yerros, sin poder, ni mucho menos, alcanzar sus aciertos, que son muchos y muy dignos del aplauso de la crítica que, sin atender a distingos o dogmatismos más o menos abstrusos, y apreciando en su justo valor, con prudente eclecticismo, todas las formas artísticas privativas del actual momento, busca con amor la belleza allí donde se encuentra, lo mismo en el marmóreo templo que guarda los dioses del arte clásico, que en la capilla bizantina, recargada de adornos y colores, en que ofician los más eximios representantes de los más recientes procedimientos artísticos.



FUNERALES DE UN HÉROE

Fue más que una gran manifestación de duelo; fue una verdadera apoteosis, que tiene un no sé qué de vaga semejanza a las celebradas en los grandes días de la civilización romana. Por las calles enlutadas, bajo lluvia de flores, va el glorioso ataúd seguido de inmensa y acongojada muchedumbre... El cuerpo helado del Héroe debió estremecerse en el fondo del lujoso sarcófago. Por más de tres días el alma de Cuba vibró intensamente, agitada hasta en lo más recóndito por la emoción que en los corazones bien templados produce el cumplimiento espontáneo de un deber grande y excelso. La gratitud cubana ha estado a la altura de los merecimientos del caudillo insigne, del hombre que consagró la parte más fecunda de su legendaria existencia a luchar, sin vacilaciones ni desmayos, por el triunfo del ideal que sirve de luminoso coronamiento a la portentosa epopeya de la independencia americana.

Ante la tumba de Máximo Gómez han cesado por un instante las enconadas luchas de los partidos; han enmudecido las pasiones políticas, y los odios por ellas suscitados se han dado un momento de tregua... En la guerra fue

lidiador incansable, estratégico sagaz, hábil en sus planes, seguro en sus combinaciones, firme y enérgico en el cumplimiento de sus propósitos; y así iluminó con los relámpagos de su gloria del uno al otro extremo de la tierra cubana y supo segar copiosísimo haz de laureles en esos campos de batalla que se llaman El Naranjo, Palo Seco, Las Guásimas... Más tarde, conseguido el triunfo, cristalizado en hermosa realidad el grandioso ideal, en los momentos más angustiosos de su vida, quizás más difíciles que en los instantes más aflictivos de la guerra, demostró la grandeza de su alma heroica, su probado civismo, su carácter entero, rechazando en forma categórica y precisa cuantas insinuaciones tentadoras se le hicieron para decidirlo a aceptar la primera magistratura del Estado por tantos otros tan ardientemente ambicionada... Con clarísima intuición y con seguro golpe de vista comprendió que en el debate de los partidos, cuajado siempre de miserias y de infamias, su excelso nombre iba a servir de pasto a las bajas pasiones, y sobre su gloria, grande y sin máculas, los hambrientos, los ambiciosos vulgares, los vendimiadores oscuros, arrojarían a granel las torpes calumnias y los insultos cobardes de que tan pródigas suelen mostrarse la impotencia y la envidia... Reservóse por eso en la política cubana el alto y noble papel de mediador, de conciliador, y supo desempeñarlo a maravilla limando asperezas, aproximando intereses, aunando voluntades, restañando heridas.

¡Qué muerte tan hermosa! En América, por lo menos, aparece como el último héroe de una epopeya ya definitivamente terminada. Símbolo austero y brillante de un magno ideal gloriosamente realizado, se ha hundido en la obscuridad infinita de la muerte rodeado por la general admiración e intensamente llorado por la viva gratitud de todo un pueblo. Su blanca, su venerable cabeza se ha reclinado en el tranquilo sepulcro, dejando tras sí rastros de perdurable luz en la conciencia cubana, tal como el astro que después de recorrer en día sereno su carrera

se pierde en su ocaso envuelto en un ropaje deslumbrante de púrpura y de oro...

El Héroe ha muerto a tiempo. Cuando se ha dedicado la vida entera a la realización de un ideal, y este se ha conseguido, la vida parece que ya no tiene objeto, y entonces lo mejor es dormirse para siempre arrullado por el himno de entusiasta admiración de todas las almas generosas. De lo contrario, de seguir viviendo, se corre el riesgo dolorosísimo de contemplar el ideal triunfante manchado por las suciedades de los intereses políticos del momento. ¡Héroe, héroe legendario, has muerto a tiempo! ¡Has caído sobre tu escudo, como un paladín de *La Ilíada*, sin haber sentido en tu corazón la mordedura del áspid del remordimiento, ni el dolor infinito por el desencanto de la obra realizada que angustió el alma del gran Bolívar en su lenta agonía en las cercanías de Santa Marta!... La *ola negra* de que habla el poeta, el frío utilitarismo lo invade todo, y así se va poco a poco perdiendo la noción de patria, el concepto de nacionalidad, y los que aún no hemos renegado de ciertas cosas, vemos con el alma dolorida cómo se acerca el instante en que el alcázar de blanco mármol en que nos hemos refugiado con nuestros últimos ideales desaparezca también sumergido y despedazado por el irresistible oleaje del mercantilismo contemporáneo.



EL PADRE MERIÑO

(Con motivo de la publicación de sus obras)

A la mañana tempestuosa, encendida en iras tropicales, plena de latigazos eléctricos que deslumbran, ha sucedido la tarde, magnificente y serena, verdadera tarde autumnal, que va majestuosa, lentamente, desvaneciéndose en el crepúsculo gris precursor de la noche negra y silente... Así la vida accidentada y jugosa de este hombre singular, que, míresele desde donde se quiera, exhibe todas las facetas diamantinas de un carácter de temple recio, de sólida contextura, de esos que entran pocos en libra... Su palabra vibrante y sugestiva, expresión luminosa de su alta intelectualidad, no tiene, casi nunca frescor de aura embalsamada que suavemente acaricia, sino acentos de combate, centelleos de espadas que chocan, condenaciones acerbas para todo lo que tiende a derribar la torre de marfil de sus creencias, que a veces recuerdan vagamente la cólera sagrada de los grandes profetas bíblicos.

Yo no sé si del lodazal de la política, que atravesó altivo y sin rehuir las responsabilidades como cumple a hombres de su temple, le han quedado salpicaduras, y si fueron más

sus yerros que sus aciertos como gobernante. No pretendo ni quiero entrar ahora en el juicio de ciertos actos de su gobierno que unos anatematizan fieramente y otros consideran como dolorosas necesidades impuestas por la tensión extremada de las circunstancias del momento. En realidad no se vive como se quiere, sino casi siempre como se puede. En momentos dados, es verdaderamente aplastante la fuerza combinada de ciertas circunstancias, por lo general determinantes de hechos evidentemente reñidos con altos principios de derecho y de justicia. No se debe extremar el juicio condenatorio, invocando principios absolutos, para hechos de índole especialísima cuya monótona y desconsoladora repetición, ayer como hoy mismo, patentiza vigorosamente que la causa principal de ellos radica no en la crueldad o bondad más o menos conocida de algunos mandatarios, sino en vicios atávicos, en resaltantes deficiencias de educación social, en preocupaciones de índole diversa, en convencionalismos morbosos hondamente arraigados en el alma nacional...

Paréceme, no obstante, que si tales graves errores hubo en su gestión de gobernante, estos se atenúan hasta borrarse; yo así lo pienso, cuando se dirige la mirada, sin que la enturbie ninguna pasión mezquina, hacia los dos actos que constituyen las más brillantes ejecutorias de su existencia como hombre público. Precisa transportar el espíritu al momento de alto relieve histórico en que el proceso anexionista, lenta y sigilosamente elaborado, va a convertirse en realidad desesperante, y recordar su gallarda catilinaria contra el egoísmo, pronunciada en instantes supremos, salpicada de acentos de acendrado amor patrio, que, en aquella memorable mañana, debieron caer, como plomo derretido, en el alma entenebrecida del futuro marqués de Las Carreras... Y más tarde, desde puesto elevadísimo, sus palabras a Báez, al cubrir este su pecho con la banda de la primera magistratura, purpurado todavía el suelo nacional con el abono

glorioso de los muertos en la épica lucha por la Restauración de la República.

Y me refiero a esos dos hechos reveladores elocuentes del temple de su ánimo, pues si es cosa vulgar entre nosotros eso que se ha dado en llamar heroísmo, como es matarse unos con otros por un quítame allá esas pajas o por defender este o aquel caudillejo ignaro y presuntuoso con ínfulas de hombre de gobierno, es en cambio raro, rarísimo, encontrar en todo el curso de la historia nacional, frente al poder convertido casi siempre en dictadura o a la pasión política desbordada, hombres de carácter entero y de verdaderas convicciones, capaces de asumir en momentos de suprema expectación la responsabilidad de decir en alta voz lo que estiman justo y conveniente para los intereses nacionales.

Como orador fácil y conceptuoso, de frase tersa y correcta, de elocuencia persuasiva y a veces conmovedora, no tiene aquí indudablemente quien lo iguale. Porque él es orador por encima de todo, aun en sus cartas pastorales, aun en su misma prosa periodística. La entonación vigorosa y la rotundidad de muchos de sus períodos, como que piden la palabra acostumbrada a resonar en el ambiente de las asambleas políticas o bajo las bóvedas de la basílica cristiana. Yo le oí una vez, hace años, en ocasión solemne, y por su gesto, por su ademán, por la elevación del concepto y por la claridad y pureza de la frase, tuve la impresión de que me encontraba en presencia de un orador de positivo mérito, dueño en grado sumo de todas las excelencias del arte de dominar y conmover por medio de la palabra. Es su oratoria rica de savia clásica, como de quien se encuentra plenamente saturado de humanidades, de estudios inherentes a la carrera eclesiástica, revelando en ocasiones cualidades de artística y elegante sobriedad y en otras ciertas pomposidades

y exuberancias peculiares del lirismo ingénito de la raza de que procede.

En su ortodoxia cerrada, inconvencible, no hay resquicio por donde puedan introducirse ciertos titubeos que no se necesita ser muy lince para vislumbrar en la dialéctica de algunos pensadores católicos de estos últimos tiempos. Desde el reducto invulnerable de su fe, pasea su mirada de águila por el iluminado horizonte de la mentalidad contemporánea, dejando caer de sus labios frases de acerba condenación para las ideas que tienden sistemáticamente a destruir el dogmatismo católico. Su pensamiento filosófico, nutrido con la médula de la apologética cristiana de los Padres de la Iglesia, tiene pocas vistas al campo donde la ciencia moderna, basada en la observación concienzuda y en la experimentación hábil y paciente, y desprendida enteramente de ese espíritu de sectarismo que todo lo exagera y malea, prosigue incansable su propósito de serena investigación de las cosas que nos rodean, su ardua labor de conocer todas las formas en que la vida se nos presenta, a fin de llegar a la posesión de la verdad, o, por lo menos, de la porción de verdad que pueden percibir nuestros sentidos y que consiente la irremediable y absoluta relatividad de los conocimientos humanos. Tal como se revela el P. Meriño en sus cartas pastorales y en sus escritos de defensa dogmática, hay en él verdaderas convicciones, fe religiosa inquebrantable, ardiente amor a las enseñanzas cristianas, como si las hubiera estudiado con el mismo fervor con que lo hacía aquel religioso de que habla una crónica medioeval, al mediar la noche, en la soledad de un templo gótico, al mortecino fulgor de la lámpara que ardía ante el Santísimo...

Aun separado de él por un abismo de ideas, no puedo menos de admirar su fe robusta, la serena convicción que resplandece en cuanto sale de su pluma. ¡Hace ya tiempo que en mi alma entonaron su canto del cisne mis últimas creencias, y todavía,

por virtud de no sé qué misteriosa fuerza atávica, hay momentos en que parece que quieren levantar la pesada loza que las cubre, para producir otra vez, bajo el sol de una nueva primavera, sus flores místicas de consuelo y esperanza! No sé si muchos que se encuentran en mi caso habrán pasado, al dar el último adiós a sus creencias, por idéntica dolorosa crisis, a la que ha conturbado mi espíritu en su penosa peregrinación al santuario, donde muestra solo una reducidísima parte de su faz resplandeciente esa diosa sublime, única digna de la veneración humana, que se llama la verdad. Por eso, viendo esa misma verdad poco menos que inaccesible, no teniendo fe en nada o casi en nada, mirando desfilan en mi rededor la interminable caravana de cosas cuya explicación parece que deberá quedar eternamente en el misterio, respeto profundamente las creencias que forman el ambiente moral de los otros, convencido de que no puedo darles en cambio nada que les sirva de eficaz consuelo para ciertos dolores, ni ninguna otra *buena nueva* que colme y satisfaga las ansias del espíritu en su perenne anhelo de lo infinito.

Sincera y vivamente deseo que este hombre ilustre, merecedor por más de un concepto del homenaje que acaba de rendírsele, pueda levantarse del lecho de dolores en que yace, para regocijo de los que vemos en él una intelectualidad de subidos quilates, que es honra y prez de este hermoso cuanto desgraciado girón de la tierra antillana. Que viva aún largos años; que la noche, la interminable noche polar de lo desconocido, no lo sumerja todavía en su negrura insondable, a fin de que pueda ver, si esto es posible, realizados sus sueños de engrandecimiento patrio; pues sería hondamente doloroso para él caer ahora en el gran surco, llevando en su retina la visión de la República desgarrada por las concupiscencias y ambiciones de sus hijos, precipitadamente caminando hacia no sé qué abismo pavoroso...



LA CONQUISTA DE JERUSALÉN

(Novela por Myriam Harry)

Helio Jamain, el sabio arqueólogo, ve por fin cumplido su perenne anhelo. Con emoción intensa, con mirada ávida, escudriña a Jerusalén que se extiende a sus pies imponente y majestuosa... ¡Momento supremo! Desde la balaustrada de alto minarete, al amanecer de un día radioso, aparece ante sus ojos, enclavada en la desolación del paisaje árido y triste que la rodea, la ciudad sagrada, palpitante de recuerdos históricos, con toda la venerable vetustez de sus ruinosas murallas, sus altas cúpulas, sus tortuosas y sucias callejuelas... Las rosas del ensueño místico florecen en el alma del sabio. Voces lejanas, voces de la infancia, han dejado en ella ecos duraderos. Los relatos de su piadosa madre, en tardes apacibles, en el jardinito de la casa paterna, han nimbado, en su imaginación, de soberana poesía la leyenda cristiana, y cual paladín rezagado de las cruzadas medioevales, moderno Godofredo de Bouillón, endereza sus pasos hacia los mismos sacros lugares en que, a modo de sosegado río de aguas eternamente puras, discurrió la corta existencia de aquel galileo casto y melancólico, sembrador de

esperanzas y esparcidor de consuelos, que todavía sirve de faro salvador a muchas almas angustiadas.

En el cielo sereno, el disco solar empieza a derramar sobre la vieja ciudad toda la pompa de sus fulguraciones, y ante ese espectáculo siente Helio Jamain emoción indescriptible, la emoción de extremada intensidad que solo se experimenta en determinados momentos de la vida... Y en ese instante solemne, contemplando aquel abigarrado conjunto del que se desprende la profunda tristeza de las cosas muertas, sueña el sabio, desprendido de la abrumadora realidad, conquistar nuevamente la ciudad santa, no por la tizona fulgurante como los paladines de antaño, sino por medio de su talento puesto al servicio de un ideal de fe serena y de hermoso altruismo... Sí, todo aquello que parecía muerto podría animarse de nuevo con un soplo de vida intenso, y de aquellos paredones oscurecidos por la patina del tiempo, surgir otra Sión resplandeciente de verdad y de justicia, con todo el mágico atractivo de su pasado histórico, de ese pasado que aún tiene el poder de fascinar hondamente muchos espíritus.

Presto, muy presto, empieza, sin embargo, a marchitarse al contacto de la realidad circunstante la flor de su entusiasmo, y su fe de verdadero cristiano, impregnada de recuerdos de la infancia, va lentamente desvaneciéndose en el sombrío horizonte de la más amarga descreencia... La histórica cuna del Cristianismo, la ciudad sagrada, preséntasele, a las pocas semanas de su llegada, como receptáculo hirviente de fanatismos menguados llevados a un punto apenas creíble, como sentina de miserias horripilantes, y campo donde el sectarismo religioso, estereotipado en cien cultos diferentes, despliega toda la iracundia de sus rencores inveterados, pone en acción sus negras asechanzas, y da vuelo a toda suerte de infamias y maldades... ¡Qué horrible decepción! ¡Qué lejos, qué distante esa ciudad, abrevadero de tantos horrores, de la ciudad ideal que flotaba en su imaginación, cuando los frailes lazaristas, en

El Cairo, le pintaban con vivos colores, como obra a él reservada, la conquista nuevamente de ella para la fe ardiente y pura de los verdaderos creyentes! En todos los cultos, en todas las manifestaciones de aquel sectarismo intolerante e ignaro, no vislumbró más que apetitos disfrazados con nombres pomposos, afán apenas disimulado de lucro, competencias del más refinado mercantilismo; todo un mundo de concupiscencias y egoísmos que en cualquier espíritu creyente debía producir el más triste y profundo desencanto.

Su matrimonio con Cecilia, la diaconisa protestante, no pudo llenar el vacío de su alma. De criterio estrecho, sierva de la rutina, saturada de tontos escrúpulos religiosos, plena de pueriles preocupaciones, aquella mujer intolerante y fría, no pudo jamás avenirse completamente con aquel hombre de temperamento ardiente, rebosante de afectos, apasionado de la verdad, admirador de cuanto eleva y dignifica la personalidad humana. En su hogar aleteó por fin la desilusión, ave negra agorera de desdichas, y entonces el sabio, decepcionado de aquella mujer a quien había amado extremadamente, refugióse en sus estudios arqueológicos, entregóse en cuerpo y alma a sus investigaciones, derrochando tiempo y dinero en exhumar fragmentos de ídolos, en descifrar viejos manuscritos, en preguntar a las ruinas sus secretos, recogiendo a la larga, tras triunfos efímeros, cosecha amarga de decepciones, contrariedades y sufrimientos, que paulatinamente fueron engendrando en su alma el fastidio de todo, el supremo hastío de la vida... Y así, al caer de una tarde apacible, buscó en el no ser la liberación definitiva, desplomando su cuerpo en el vacío, desde el mismo minarete en que había contemplado por primera vez la ciudad sagrada...

He ahí, en pocas líneas, el resumen del argumento de esta hermosa novela, más extensa de lo que debiera ser y deficiente bajo algunos aspectos, pero rica de fuerza descriptiva, de hermoso colorido local, y de pormenores realmente interesantes.

En ella se pinta con fidelidad, a lo que parece, el estado actual de la ciudad en que despuntó fúlgidamente el ideal cristiano. En la narración hay caracteres bien observados, mientras aparecen otros de contornos en veces borrosos y muy endebles desde el punto de vista psicológico. En algunos pasajes de este libro siéntese la emoción que origina la belleza artísticamente reflejada, y en todo él palpita con fuerza, a pesar de la crudeza de ciertas pinturas, un idealismo alto y noble, que puede resumirse en estas palabras del conde Iblin de Courtenay, la figura más extraña y romántica de la novela: «un pensamiento noble puede dominar y transformar el mundo; ¡defendamos, pues, el ensueño que forma parte de nuestra propia alma, defendamos la belleza y hasta defendamos nuestro sufrimiento!».



ALMA DESOLADA

El cordón de fugitivos tocaba ya el último repecho de la abrupta montaña, detrás de la cual, al término de extensa llanura, se desparramaban las casuchas de destartado villorrio, donde, tal vez, podría aún intentarse detener el avance victorioso de la hueste enemiga... Para el partido en que Aurelio militaba había resultado desastroso el rudo choque de aquella mañana. Aunque todavía se oían tiros lejanos, eran cada vez menos repetidos, lo que parecía indicar que la persecución, tan insistente a raíz de la derrota, iba siendo cada vez más floja. Aquella gente mejor que caminar iba escurriéndose como serpiente, sin producir ningún ruido, sin soltar casi palabra, llena de zozobra, y en los semblantes estereotipados la congoja y el espanto de la huida. El cansancio era grande, pero aún mayor el hambre, pues en todo ese trágico día nadie había tenido tiempo de llevar nada a la boca.

El crepúsculo cubría ya con sus tonos grises el paisaje circunstante, y había sombra, casi obscuridad, como si fuera de noche, en el fangoso sendero, entoldado de espesa arboleda, por donde se dirigía trabajosamente

aquel asendereado pelotón de vencidos. Aurelio caminaba algo separado del grupo principal, como maquinalmente, mediatubundo, siendo acaso el único de aquellos hombres que demostraba no sentir el acicate del hambre y la fatiga abrumadora de aquel caminar sin tregua. Después del cúmulo de decepciones que había sufrido, aquel encuentro fatal, que daba al traste con las últimas esperanzas de su partido, era como el postrer responso entonado por el destino brutal sobre el cadáver de sus más caros ideales. Un ado adverso había siempre hacinado entorpecimientos insuperables en la vida de sus aspiraciones de patriota convencido. Su vida de político terminaba en el más ruidoso fracaso. Todo había sido sueño, todo mentira, todo vano espejismo... Aquel pueblo que sus camaradas y él creían iba a insurreccionarse como un solo hombre y a acogerlos con los brazos abiertos para aventar del solio manchado con sus crímenes y sus vicios al dictador soberbio y engreído, no aparecía por ninguna parte... Por donde quiera, tras la careta de vanas o falsas simpatías, solo habían visto en realidad gentes bien halladas con su servilismo, turbas ignaras postradas ante el becerro de oro, muchedumbres que solo se movían a impulsos de bastardos apetitos, de menguados personalismos.

Habían llegado ya a una parte del camino sin arboleda, completamente descubierto. Fijó Aurelio un momento la mirada en el espacio donde la pedrería sideral adquiría cada vez mayor refulgencia, y, como el héroe romano vencido en Filipos, experimentó sensación de asombro al contemplar aquella noche serena, aquella tranquilidad majestuosa de la naturaleza, indiferente siempre ante los efímeros dolores humanos, mientras en su espíritu se desencadenaba la tempestad amenazando destruir hasta los cimientos del edificio que servía de albergue a sus más nobles pensamientos. Y sondeando bien su alma, registrando sus pliegues más recónditos, lo que más lo atormentaba, lo que vertía más acíbar en su creciente desconsuelo, era el

pensamiento, en estado de nebulosa al principio, pero ya transformado en convicción sólida, de que el ideal soñado, el objetivo luminoso a que había consagrado su existencia, no era, ni con mucho, bien comprendido y apreciado por sus propios amigos, por los que aparecían adscritos al mismo lábaro, símbolo, en su sentir, de ingentes progresos nacionales... Por el contacto diario y el cambio frecuente de impresiones íntimas con muchos de su bando, había notado con tristeza honda y desesperante que en ellos también sonaba a hueco la palabra patriotismo, era restricto y limitado a cierto oportunismo convencional el sentido del derecho, y falseada la idea de justicia cada vez que el interés partidista así lo exigía... Y esta triste convicción, más aun que el escozor de la reciente derrota, sumergía su alma en piélagos de desesperanza, haciéndole ver, con claridad meridiana, la inanidad de cuanto había hecho, de cuanto aún podía hacer por el triunfo de su causa...

En vano forcejeaba por desprenderse de los férreos tentáculos con que la realidad lo aprisionaba cada vez más. Por mucho tiempo había vivido en un mundo artificial, en plena idealidad, con el cerebro rebosante de quimeras, forjando a su antojo planes de progresiva transformación nacional, cuya implantación era cada día más difícil. Sin percatarse de la supina ignorancia en que vegetaba la masa y del indiferentismo cada vez más acentuado de la clase intelectual, factores ambos engendradores de un estado de alma sin la virtualidad necesaria para reaccionar decididamente en el sentido que él anhelaba, su errónea apreciación de las cosas, resultante de una psicología peculiar saturada de morbosidades románticas y de lecturas clásicas mal digeridas, le había hecho creer, durante algunos años, en la posibilidad de congregarse, en un momento dado, toda aquella incoherente masa social, y, sin preparación, por arte de birlibirloque, convertirla en agrupación consciente, capaz de romper con seculares

preocupaciones y de desprenderse, aun a costa de acerbos dolores, de ciertas resaltantes excrecencias atávicas...

Los fugitivos habían transpuesto la montaña, y atravesaban ya la vasta llanura. La obscuridad era cada vez mayor; y mientras los demás solo pensaban en llegar presto al poblado para reponer sus fuerzas agotadas por el cansancio, Aurelio continuaba meditando, y consecuencia de ello era agrandarse más y más la ancha brecha que el continuo desencanto y la más exacta apreciación de los hechos habían abierto en el muro de sus ilusiones... Y por eso, tras aquella derrota, última lección de la realidad, solo pensaba en separarse de aquella gente, en aislarse de todo, en buscar un sitio retirado, de apacible quietud, donde vivir en paz, para, si aún era posible, imprimir otro rumbo a su vida, alejado para siempre de las recias e infecundas luchas del partidarismo político.

No muy lejos, a manera de puntos luminosos, brillaban los faroles del cercano caserío, y se oían ya, con bastante claridad, los repetidos gritos de alerta de los vigilantes centinelas.



DE OTROS TIEMPOS

No existe ya la casita blanca, de persianas verdes, embalsamada de continuo por el aroma de las flores que, en el jardinito contiguo, exhibían su pompa policroma, alegrando la vista con el lujo desbordante de sus variados colores y matices. ¡Oh la poesía melancólica de los recuerdos! Experimento cierto goce, salpicado de vaga tristeza, cada vez que con el pensamiento trato de reconstruir algo de lo pasado, algo de lo que aún vive, con fuerza inextinguible, en no sé qué ocultos rincones de mi alma. Esos recuerdos, en veces, se acumulan en ella de tal modo, que es fuerza despojarles, siquiera por un instante, del sudario que los cubre, para que, en alado tropel, levanten otra vez el vuelo trayendo a mi espíritu los acariciadores efluvios de músicas lejanas, de anhelos extinguidos, de amores muertos para siempre...

Sobre la vieja tapia, ya principiada a agrietarse, que cerraba al jardinito por el lado de la calle, tendían las parietarias su manto de verdura, y frente a ella estaba mi sitio predilecto, el lugar desde donde, todas las tardes, podía a mis anchas contemplar a Luisa cada vez que aparecía en la

ventana, entre tiestos de rosas, fascinándome con la arrobadora perfección de las líneas de su rostro ovalado, en el cual, a manera de soles, dos ojos de negrura intensa despedían vivas claridades. Aquel amor, mi primero y más hondo afecto, nacido en noche primaveral, en el bullicio de un baile, fue, en sus comienzos, a modo de hilo de agua que serpentea recibiendo el beso de las frondas, idilio suave y apacible, pleno de miradas, de misivas sentimentales, de dulces y prolongados coloquios, en el que dos almas se confundían castamente, sin sentir todavía el poderoso aguijón de las tentaciones de la carne...

Imborrable, en toda la plenitud de su armoniosa belleza, digna del cincel helénico, impera su imagen en mi memoria, objeto de perenne devoción, como una de esas vírgenes que en ciertas capillas medioevales, a despecho del escepticismo contemporáneo, continúan recibiendo la pura oblación de muchos corazones heridos por el infortunio. En aquel entonces, ninguno de los dos podía pensar en unir definitivamente nuestros destinos. Era menester que antes atravesase yo briosamente la selva inexplorada de la vida, en persecución constante de la fortuna esquiva y voluble; y así, tras crueles peripecias, aquella pasión tuvo el obligado y doloroso desenlace que tantas otras... Por el ancho campo de la existencia cada cual siguió distinto rumbo, cual hojas caídas de una misma rama que toman opuestas direcciones. Obrero cansado de la labor cotidiana, gastado por el roce permanente de la lucha diaria, prematuramente envejecido más aun de alma que de cuerpo, permanezco todavía en pie ante el horizonte entenebrecido donde no irradia lumínar alguno, fija solamente la mirada en el albo penacho, emblema del deber, que me marca el verdadero camino, como aquella columna de fuego de que habla la leyenda bíblica.

Con el hombre con quien se había casado se fue Luisa a remotas tierras del helado septentrión, y sobre su hogar, nido de virtudes, la dicha, hada bienhechora, vació con mano generosa cuantos

dones se ambicionan ardientemente en este mísero planeta. Muy joven aún, cuando más risueña se le mostraba la vida, contrajo mortal dolencia, y en una tarde triste de invierno, en que los copos de nieve caían copiosamente sobre la tierra amortecida a manera de lágrimas, encerraron en negro ataúd el tesoro de su belleza y la depositaron en la oscura fosa de un cementerio de una gran ciudad norteamericana... Allí duerme para siempre, bajo aquel cielo inclemente, a la sombra de árboles de espeso follaje, que, en aquella tarde invernal, a la luz de un sombrío crepúsculo, desprovistos de hojas, escuetos, semejaban, vistos a distancia, legión espantable de gigantescos esqueletos.

No hace mucho he vuelto a ver el lugar donde se alzaba, riente y atractiva, la casita blanca, formando curioso contraste con los edificios vecinos, de aspecto vetusto, con aire de épocas lejanas, que les daba carácter como de cosas históricas, y que, vistos de noche, al escaso fulgor de viejos faroles, hacían brotar en ciertas almas toda una confusa florescencia de antiguas leyendas, de narraciones románticas leídas en libros olvidados, las cuales, por recóndita asociación de ideas y como evocadas por misterioso conjuro, tomaban de nuevo, por obra de la imaginación, formas corpóreas, indecisas, de raro aspecto, imitando vagamente caballeros ceñidos de férreas armaduras, damas arrebuajadas en negros mantos, monjes de faz demacrada, todo un mundo de seres que vivieron en edades ha tiempo extinguidas... De aquel hogar donde Luisa aparecía ante mi admiración apasionada, casi siempre vestida de blanco, semejando pura vestal encargada de mantener el fuego sacro del culto a la belleza serena y eterna, no queda nada, absolutamente nada... Un día la piqueta aventó todo aquello: casita, flores bien olientes, tapia agrietada, y en el mismo lugar ocupado por todo eso se mira hoy amplia y sólida casa de comercio, repleta de todo género de cosas de venta, donde, mañana y tarde, en divertida mescolanza, entra y sale la gente.

Una sola vez he entrado en aquella tienda, y mientras los numerosos compradores se agolpaban ante el largo mostrador, mi mirada abarcaba todo el recinto, y mentalmente reconstruía la casita donde conocí a Luisa, y parecíame vivir de nuevo en aquellos días luminosos, henchidos de ilusiones y esperanzas... No quiero detenerme a filosofar sobre estas cosas. Sé bien que obedeciendo al eterno proceso dinámico de la vida, todo cambia y se transforma dentro y fuera de nosotros. La vida es movimiento perenne, vibración perpetua, y de ahí una transformación incesante, que presta a las cosas, en la sucesión del tiempo, aspectos y formas diferentes. No me asombra, por eso, lo mudable de las cosas humanas, pero, a pesar de ello, de nada me sirve mi resignación filosófica cada vez que en lo más hondo de mi espíritu levantan su vuelo los recuerdos. Sangra entonces mi corazón, y se me figura, como en este instante, que torno a ver a Luisa, en la ventana, que adornaban tiestos de rosas, de la casita blanca, de persianas verdes, embalsamada a toda hora por el aroma de las flores del jardinito contiguo.



PRIMAVERA SENTIMENTAL

(Poesías por Fabio Fiallo)

Tras inútil resistencia, la noble ciudad acababa de ser tomada a fuego y sangre. En sus calles flotaba todavía la humareda del combate, cuando, como salido de esa nube, semejante a un dios mitológico, surgió ante mí, cubierto aún del polvo del camino, con la carabina en la mano y el machete al cinto, el poeta suave y delicado de *Primavera sentimental...* A pesar de las graves preocupaciones del momento, aquella aparición inopinada del excelente amigo prodújome placer vivísimo, mezclándose bien pronto a esa impresión algo de vaga tristeza al ver con los arreos del guerrero, en medio del infierno dantesco de la guerra civil, a quien parecía hecho solo para contender en las justas de la excelsa poesía como mantenedor gallardo del bien, del amor y de la belleza.

A raíz de aquel sangriento suceso, púsose en evidencia la nobleza de sentimientos que es cualidad predominante del carácter de Fabio Fiallo. Hormigueaban los rencores y ardían los odios, y él, encargado del mando durante breve tiempo, atajó, por un momento, el alud de venganzas, y no manchó su rápida gestión gubernativa con represalias

cruelles e injustas. Cerró los oídos a torpes acusaciones, hijas de la suspicacia y del recelo, y supo crear a su alrededor un ambiente de simpatías y de confianza que, en poco más de una semana, restó fuerzas considerables al ya casi vencido movimiento revolucionario.

Los prácticos del momento, los adversarios irreductibles de su política conciliadora y fecunda, pusieron el grito en el cielo enristrándole a toda hora, en son despectivo, las palabras de poeta, soñador, visionario... Y tengo la firme convicción que, de seguir en el mando, las hábiles y oportunas gestiones de ese *visionario* hubieran en poco tiempo conseguido la completa pacificación de la provincia. No pudo ser así desgraciadamente. En aquella pugna entre la moderación y la intransigencia, triunfó esta última de manera definitiva. Sus aullidos se hicieron cada vez más penetrantes, y el Gobierno se vio en el caso de reemplazar a aquel bien inspirado mandatario, que fue acaso el único, en aquellos trágicos días, que supo ver claro desde el primer instante y proceder del modo y en la forma que indicaban con precisión las circunstancias. El edificio por él tan laboriosamente levantado derrumbóse con estrépito, y las medidas extremas solo tuvieron la eficacia de galvanizar las agotadas energías revolucionarias haciendo más prolongada y más sangrienta su agonía.

En los versos de *Primavera sentimental*, delicados, vaporosos, de corte finamente aristocrático, ha desgranado Fabio Fiallo las ricas perlas de sentimientos íntimos, de ardientes anhelos, de esperanzas irrealizables. No caldea su numen, siempre solicitado por emociones subjetivas, por afectos pasionales de duración momentánea, de carácter efímero, la inspiración alta, de resonancia social, de alcance trascendente, que ensancha e ilumina los horizontes del espíritu. Procede directamente de la estirpe

intelectual que cuenta entre sus próceres egregios al atormentado autor del «Intermezzo» y al *melancólico* poeta de las *Rimas*. Tal vez caen también en su ánfora poética algunas gotas del vino, siempre delicioso, de Alfredo de Musset. Y ese parecido es poco en cuanto a ciertos matices de sentimiento que lo diferencian de aquellos poetas, pero es mayor en cuanto a cierto no sé qué recóndito que a manera de sutilísimo perfume se escapa de su poesía, y en cuanto, aunque no con frecuencia, a ciertas no muy pronunciadas semejanzas de forma. Y cuenta que Fabio Fiallo sufre constantemente la obsesión de la originalidad, del empeño de exteriorizar en forma apropiada pensamientos nuevos o cosa parecida. La originalidad, en el sentido por completo exagerado que le dan muchos, no existe o poco menos... Lo que debe exigirse únicamente, en la hora actual, es que el poeta y el escritor puedan y sepan vaciar en moldes de exquisito valor artístico el metal hirviente de emociones acentuadamente personales.

La impresión que produce la lectura de *Primavera sentimental*, no da la idea de un poeta en plena posesión de la técnica de su arte, dueño de todos los recursos y resortes de la métrica, que ha recorrido ya todo o casi todo el ciclo de su desenvolvimiento lírico, sino de un poeta como en formación, que deja ver, por rasgos aislados, por resplandores intermitentes, pedazos de su alma, partes de ella, pero no su alma entera, en toda su cabal integridad. Bien es verdad que en este volumen faltan muchos versos publicados posteriormente. En la poesía de Fabio Fiallo se descubren muy pocos aspectos de su yo, fragmentos solamente de la escala de sensaciones por la cual ascienden los privilegiados a las cumbres excelsas del Arte. Parece este poeta no haber oído nunca la sinfonía de las cosas, las voces misteriosas de la naturaleza. Nada sabe de susurro de hojas, de aroma de selvas, de rumores de río. Desde la reducida ventana de su torre de marfil, no ha dejado diluir su alma en la suave tristeza que emerge de cuanto nos rodea a la hora solemne de la caída de la

tarde, ni ha contado nunca sus cuitas a las estrellas en las noches serenas y silentes... Tampoco vibra en sus versos la nostalgia de las épocas lejanas en que florecía el lirio de la quimera, en que los dioses se humanizaban hasta bajar a la tierra, en que, por el feliz y armónico consorcio de la idea con la expresión, realizaba el Arte un ideal de suprema belleza en el mármol de las maravillosas estatuas helénicas. En *Primavera sentimental* se ve un poeta casi uniforme, refractario a la poderosa sugestión exterior, a quien solo preocupa la necesidad de amar, el encanto de compartir con un ser querido las efusiones apasionadas de un corazón ardiente, que hace de la mujer el compendio y cifra de toda la existencia. Por eso escúchanse solo en sus estrofas estallidos de labios que se juntan, quejas de pasión, alaridos de celos, el prolongado lamento de los adioses definitivos...

Depende por lo regular el concepto que nos formamos del mundo exterior de la penetración de las miradas que dirigimos en torno nuestro. Hay que ahondar en la superficie, aunque todos no pueden hacerlo, si se quiere que la visión resulte más intensa, y sea, por consiguiente, el concepto más amplio y más exacto. El verdadero poeta busca siempre ese *más allá de las cosas*, que dijo Campoamor, y, nuevo Colón, adivina mundos luminosos donde la vulgaridad imperante ve solo la epidermis, el aspecto material de los objetos. Taumaturgo soberano, baja a profundidades desconocidas y extrae de ellas la refulgente pedrería que incrusta en sus cinceladas estrofas. Por la virtud milagrosa de su inspiración, convierte los antros oscuros donde bulle y gime la miseria humana en mansiones encantadas de gnomos y de hadas. Siempre la verdadera poesía ha hecho vibrar intensamente todo mi ser. Pero suelo ser descontentadizo, tal vez en demasía, en achaques de versos. Por eso hace tiempo que no los hago, y por eso son muy contados los poetas que de veras admiro en esta época tan pródiga en versificadores dotados de mayor o menor habilidad técnica. En las estrofas de Fabio Fiallo, nótanse en

ocasiones, cierto desaliño y ciertas ligeras imperfecciones de metro y de ritmo. No hay en ellas pomposidades ni arabescos; pero su poesía resulta siempre clara y atractiva, exenta de nebulosidades y de efectismos rebuscados. Su vocabulario poético es reducido, pero me parece preferible al de oropel de que, con frecuencia, echan mano muchos poetas de notoriedad harto discutible. En Fabio Fiallo creo superior el *conteur* al poeta. Pero sus versos me gustan, porque si es verdad que no descubren un alma entera de poeta, amplia y vibrante, dejan ver, por lo menos, ciertos hermosos pedazos de su alma, donde esparcen su suave perfume las flores de una eterna primavera de nobles ideas y de delicados sentimientos.



LA ORGÍA LATINA

(Novela por Félicien Champsaur)

En los jardines de Silio, el amante de Mesalina, a la luz de lámparas multicolores que tiñen los objetos de irisados reflejos y al concertado sonido de laudes, arpas y cítaras, desbórdase la orgía en alaridos de placer, en rozamientos lascivos, en transportes del más vivo frenesí erótico. El vino de Falerno corre copiosamente escanciado en cinceladas copas de metales preciosos... Y en esos instantes, figura evocada de algún aquelarre sombrío, aparece en medio de la estruendosa fiesta la vieja Geo, la egipcia adivinadora, desgredada y harapienta, en busca de Sapeos, el hijo querido, cruelmente vapuleado en tardes pasadas por los pretorianos en la Vía Apia, y que, como lo ha pensado su madre, aún no bien repuesto de los golpes recibidos, se ha introducido en la casa de Silio tras Karysta la bailarina, su prometida, arrebatada en aquella tarde de su lado por orden de la cruel y voluptuosa Mesalina. La inopinada aparición de la gitana, cubierta de harapos, entre aquellos esplendores del lujo y del vicio, marca en los semblantes una impresión de estupor que bien pronto se trueca en indiferencia desdeñosa o en accesos de

descompasada hilaridad. La anciana ve antes que nadie a Karysta, la novia idolatrada de Sapeos, casi desnuda, y quiere sacarla de allí... Mesalina se interpone, y ordena a los lictores que arrojen aquella vieja a la calle... Todos a una loan la clemencia de la emperatriz con aquella bruja digna por su inconcebible audacia del más horrendo castigo... Pollion, el viejo senador, corrompido y degradado, se incorpora en el muelle triclinio, y murmura esta frase, que descubre todo un estado de alma: ¿qué será del imperio si hechos tan graves permanecen impunes?

De las páginas de este libro, a manera de fuerte ajeno, chorrea el sensualismo, un sensualismo que trastorna y enloquece, preñado de refinamientos seniles y de increíbles depravaciones. De esas páginas como que se alza fuerte y vibrante un himno a la lujuria, entonado en un templo de Afrodita por coros de hermosas mujeres en todo el esplendor de su olímpica desnudez. Mesalina, figura principal del relato, no resulta en él simplemente una mujer más o menos corrompida, sino, como se ha propuesto el autor, la personificación, el símbolo de la lujuria, que, como filtro embriagador, ahuyenta la razón, enardece los deseos y compendia toda la dicha humana en los estremecimientos voluptuosos del espasmo... Es ella, Mesalina, la misma depravada emperatriz que, al decir de grandes historiadores, se deslizaba del lecho imperial, y, protegida por las sombras nocturnas, corría a prostituirse con gladiadores y soldados en los inmundos burdeles de los barrios más retirados. Ante ella, formando contraste, en medio de aquel ambiente de desenfrenado libertinaje, que parece como el signo precursor de la disolución de aquella sociedad, se yerguen, puras, ideales, flores de ensueño, la bailarina Karysta y Filiola la cristiana. Y detrás de ellas, asoma su torso robusto, su fuerte musculatura, el egipcio Sapeos, sencillo y virtuoso, alma de niño en cuerpo de Hércules, con quien Mesalina, enamorada, delirante, agota todas sus artes de seducción sin lograr hacerlo caer en sus brazos.

No se puede sentir toda la vida de una civilización extinta sin amarla de manera intensa, con amor de artista. La curiosidad del erudito, del historiador, podrá descubrir en las líneas de viejos manuscritos y en las piedras de monumentos seculares que se derrumban, pormenores interesantes de la vida de aquella sociedad; podrá reconstruir, con pasmosa exactitud, como Mommsen, toda la complicada trama de la urdimbre social de la civilización romana, con cuanto integra su fisonomía étnica, caracteriza su copiosa y potente legislación e imprime peculiar aspecto a sus diversas y trascendentales fases históricas... Pero ese frío y severo análisis no basta al artista. Hay que penetrar con toda el alma en la vida afectiva de aquella civilización hasta tocar con la esencia misteriosa que la anima y vivifica. Precisa para ello echar a un lado, siquiera momentáneamente, el cortejo de preocupaciones y convencionalismos imperantes, y, sin prejuicios ofuscadores, aproximarse lo más posible a seres y cosas de aquel tiempo, asimilarse las ideas y sentimientos que forman su ambiente moral, y compartir con aquellos seres sus duelos y sus fiestas, sus agitaciones políticas y sus afectos y sus odios. Algo de eso ha realizado Félicien Champsaur; pero, apreciada en conjunto, su obra, a mi ver, no resulta a la altura del empeño. Novelista mediocre, de copiosa producción, de mérito relativo, posee un estilo a ratos nítido y coloreado y lleno de filigranas y lentejuelas, pero carece, casi por completo, de potencia evocadora, que es prenda inapreciable que solo poseen contados escritores. Que recuerde ahora, Flaubert en *Salambó*, Sienkiewicz en *Quo vadis*, P. Louys en algunos pasajes de *Afrodita*, y, muy recientemente, Paul Adam en *Basilio y Sofía* y en *Irene y los eunucos*, hermosos y deslumbradores cuadros de la decadencia del imperio bizantino, han acertado, por virtud de esa fuerza de evocación, a reconstruir con vigoroso relieve artístico civilizaciones muertas y a infundir aliento vital a personajes y costumbres ya esfumados en las brumosas lejanías de la historia.

La orgía latina no es una novela de acción bien sostenida, alimentada con la savia de acertada observación exterior o con el jugo de sutiles disquisiciones psicológicas. Salvo en ciertos detalles, tampoco aparece nutrida con verdadera médula histórica. Es solo, según confiesa el autor, un estudio de la lujuria en la Roma de los Césares... Engarzados en el hilo de oro de la narración, admíranse hermosos cuadros de costumbres de la época de la decadencia romana. Abundan las páginas de fuerte colorido, de vida intensa, pero tampoco escasean los pasajes monótonos, difusos y las figuras borrosas, de contornos indecisos. Tal vez el éxito resonante de algunas obras de parecido asunto, *Quo vadis*, pongo por caso, han sugestionado a Félicien Champsaur hasta el extremo de hacerle perder, por un instante, su afición al estudio de costumbres cosmopolitas y enderezar sus pasos a la ciudad inmortal en que dejó sus más luminosas huellas la gran civilización latina. Pero en las calles de la vieja Roma sigue siendo el mismo observador superficial de ciertos aspectos de la vida contemporánea. En su alma, refinadamente moderna, ligera y frívola, persiste, bien acentuada, la influencia del ambiente de París, y por eso en la Vía Apia, en el Palatino, en el Circo y en las Catacumbas, no se ve, si acaso tal vez muy débilmente, al artista que quiere compenetrarse con el alma romana, sino al observador minucioso de ciertas curiosidades, al autor de *Lulú* y de *Regina Sandrí*.

Solo una curiosidad malsana le ha hecho vivir, durante un momento, en la Roma de Claudio y de Mesalina. Únicamente por el aspecto de la sensualidad refinada, el más visible sin duda, contempla la sociedad romana de aquellos días negros en que la antigua libertad republicana, muerta en Filipos, era solo reverenciada por algunos grandes historiadores y poetas. Se conoce que experimenta cierta complacencia morbosa en la observación de los refinamientos lúbricos y de las aberraciones eróticas que constituyen la protuberancia más saliente de aquel

cuerpo social podrido hasta los huesos. Bien es verdad que en el prólogo, ameno y jugoso, y pleno de interesantes observaciones y distingos, preconiza sin ambages ideas que echan por tierra algunos principios de moral generalmente acatados, reivindicando, con verdadero desenfado, en nombre de la libertad artística, el derecho del escritor para pintar crudamente sin las atenuaciones y perífrasis al uso cuanto se refiere a la aproximación de los sexos, al contacto carnal, de que fluye, como de manantial inagotable, la corriente inextinguible de la vida...

Casi en la misma hora en que se desarrolla la acción de *La orgía latina* comienza la decadencia de aquella civilización, decadencia que en veces parece precipitarse y en otras se detiene durante períodos más o menos largos, como sucede bajo el sabio gobierno de algunos emperadores. Aquel mundo, presintiendo la proximidad de su fin, se corona de rosas y derrocha cuanto le queda de energía vital en bacanales ruidosas y desenfrenadas. El alma romana, amasada con sangre, cruel y sensual, no podía, no pudo, durante mucho tiempo, dar albergue propicio a aquellas doctrinas de tolerancia, de caridad, de amor al prójimo, de protección a los menesterosos, venidas de un rincón de Judea y que empezaban a oírse por muchas partes. Durante muchos años son pocos los positivamente romanos que sufren el contagio de las nuevas ideas. El movimiento del cristianismo fue, puede decirse, exclusivamente ascendente, de abajo para arriba. Salvo excepciones, sus ideas solo penetran hondamente en las más bajas capas sociales, en los esclavos, en el *detritus* formado por el montón de miserables, procedente de todas las provincias, que pulula en los suburbios de Roma. No fue tan rápida, ni mucho menos, como comúnmente se cree, la conversión del mundo romano al cristianismo. Siglos se necesitaron para ello, y aun pasado un período más de tres veces secular, dueña ya la nueva religión del poder y por ello de la facultad de imponerla coercitivamente, todavía copioso

enjambre de fieles depositaba sus ofrendas en las aras de los viejos dioses del paganismo.

Félicien Champsaur pasa presuroso sobre todo eso, y apenas si en la escena de las Catacumbas hiere su retina el fulgor de las ideas que van a precipitar la inevitable descomposición de aquella sociedad, ya herida de muerte. Solo es sincero, solo siente de manera algo intensa, cuando pinta el ambiente licencioso en que se mueve a sus anchas el alma romana. Su obra resulta a trechos amena e interesante, pero no pasa por ella el soplo de inspiración genial que orea las páginas vibrantes de *Quo vadis*. Harto sé que esta obra admirable hace tiempo que ha empezado a sufrir la acción demoledora de la crítica. Se le achaca a Sienkiewicz falta de originalidad, achaque harto común en nuestros días en escritores grandes y chicos. Críticos distinguidos han creído ver en ella elementos artísticos procedentes del *Satiricón*, de *Fabiola*, de *Los últimos días de Pompeya*, y de otros libros de no menos resonancia. No concedo ninguna importancia a tales cosas, que casi siempre resultan meras coincidencias o semejanzas producidas por la índole misma del asunto. Habría bastante que espigar en *La orgía latina* si se hiciese este libro objeto de esa crítica cruelmente investigadora. Filiola y Sapeos se parecen bastante a Ligia y a Vinicio. Y en las situaciones podrían también encontrarse pronunciadas semejanzas... Los prejuicios religiosos de Sienkiewicz le han hecho, tal vez, convertir la historia en leyenda particularmente al referirse al cristianismo, mas, con todo eso, *Quo vadis*, a despecho de cierta crítica, resultará siempre una obra vibrante de emoción y saturada de sana y hermosa poesía. En *La orgía latina* falta mucho de eso, y solo en ocasiones deja vislumbrar un aspecto del alma romana, una sola faz de ese mundo que se embriaga, hasta aturdirse, como si resonaran ya en la Vía Apia los gritos de victoria de los feroces soldados de Alarico.



LA MUERTE DE LOS DIOS

(Por Demetrio Merejkovsky)

Evocada por el gran escritor eslavo, aparece en las páginas vibrantes de este libro, con apropiado colorido, la figura luminosa del emperador Juliano, una de las más interesantes y curiosas del proceso histórico de la humanidad. Merejkovsky ha sabido infundir poderoso aliento vital al último de los Flavios, y lo ha colocado en un hermoso cuadro de ficción novelesca sobre el que ha vertido, como de cincelado pomo, la esencia vivificante de suave y melancólica poesía. Juliano vive en ese cuadro, no como lo pinta, por lo general, la apasionada diatriba de sus detractores cristianos, sino como se destaca en la narración serenamente imparcial de Amiano Marcelino, el más verídico y concienzudo de sus historiadores. Ni el amor ni la ambición han echado hondas raíces en «aquel escolar de Alejandría hecho emperador», como dice Coussin. Su alma selecta desprecia los goces que la generalidad busca desalada, y solo siente recóndita complacencia cuando la atrae el miraje cambiante de las ideas filosóficas. Toda su infancia y parte de su juventud transcurren bajo la amenaza de un fin trágico inminente; y

para engañar a sus enemigos y desarmar el odio que lo acecha, adquiere hábitos de disimulo y reviste su vida exterior de caracteres de la más refinada hipocresía...

De la escuela de Alejandría extrae el filtro quintaesenciado de la filosofía neoplatónica, último refugio espiritual del helenismo, llenando su cabeza de vagas abstracciones y de sutilezas místicas. Su pensamiento inquieto mariposea sin cesar alrededor de todas las ideas. En Éfeso, a la orilla del mar resonante, bajo el palio refulgente de una noche apacible, se engolfa con Jámblico en abstrusas disquisiciones sobre la naturaleza del éxtasis, instante supremo en que nuestra alma se compenetra hasta confundirse con lo absoluto... Nada calma su inquietud, nada satisface su sed de sabiduría. Quiere conocer lo inaccesible, y cíñese la túnica de los hierofantes pensando encontrar en las supersticiones de la magia, en las prácticas más ocultas de la teúrgia, el camino que ha de llevarle a la fuente misteriosa, donde, como en limpio espejo, se refleja la faz resplandeciente de la verdad única, absoluta... Su congoja interior, solo halla momentos de apaciguamiento en la ciudad sagrada, cuna del helenismo. En las orillas del Ilisos recita a cada paso los diálogos socráticos. La serenidad de la belleza ateniense se infiltra en su espíritu, encrespado por el oleaje de contradictorias ideas filosóficas. La bruma de su enrevesado misticismo se desvanece, y no se sacia de admirar la euritmia de los soberbios monumentos de Atenas. Frente a la construcción dórica de los Propileos y ante el frontón triangular del Partenón, su alma se diluye en la más entusiástica admiración, y parece como que sus labios van a prorrumper en algo parecido a la hermosa plegaria que, quince siglos más tarde, inspiraba a Renan la mutilada belleza de aquellos mismos soberbios monumentos.

Esa impresión se graba indeleblemente en Juliano. Desde entonces empieza a perfilarse en su cerebro la idea del restablecimiento del paganismo. En lo íntimo de su ser no siente

inclinación al poder; cuando la púrpura imperial cubre sus hombros, no experimenta el regocijo de la ambición satisfecha, la voluptuosidad de contemplar el mundo bajo su mano, los hombres postrados ante él mendigando honores y mercedes. Cosas más altas le preocupan. Sueña con animar nuevamente las aras desiertas, los templos abandonados donde palpita la indecible tristeza de las cosas definitivamente idas... Frente a la cruz, símbolo de las nuevas creencias, donde expiró el gran religionario de Judea, resplandecen, bajo el cielo azul de Grecia, prodigios de serenidad y armonía, las estatuas de los viejos dioses helénicos. Toda la antigüedad clásica, todo un pasado de arte y de gloria, vive todavía en aquellos mármoles de insuperable belleza. Juliano siente toda la poesía que exhala esa religión de luz y de alegría, y, dueño ya del poder, decide restablecer el culto pagano con toda su antigua grandeza. Presto empieza a tocar la inanidad de su empeño. El paganismo vive ya en pocas almas selectas. El ideal cristiano, en aquel momento, representa una nueva etapa del progreso humano, y posee la fuerza irresistible de las ideas en marcha. La doctrina de Jesús ganará definitivamente todas las almas. No se ha visto jamás la resurrección de una religión que haya terminado su ciclo de necesario desenvolvimiento. Cuando muere, muere para siempre...

Pontífice máximo del culto recién restablecido, quiere Juliano revestir del antiguo esplendor las grandes ceremonias religiosas, y en las fiestas dionisiacas, rodeado de bacantes, con pompa hierática, se dirige al templo en un soberbio carro tirado por mulas blancas llevando en una mano cincelada copa adornada de hiedra y en la otra reluciente tirso de oro... A cada paso hieren los oídos de Juliano, conceptos irreverentes, frases irónicas, burlas mal disimuladas. Más tarde cerca de Antioquía, en el bosque de Dafne, el día del panegírico de Apolo, no ve ni un alma por aquellos contornos, donde, en épocas pasadas, y con igual motivo, se reunía copiosísimo enjambre de adoradores.

Bajo los árboles centenarios del bosque sagrado reina la soledad más completa. No hay ya fieles, no hay ofrendas... La decepción abre en su alma surcos cada vez más profundos. La convicción de su impotencia lo llena de tristeza. Frente a un fragmento de un bajo relieve dice a su amigo Oribazy, el sabio doctor alejandrino: «No me juzgues severamente por mi amor a las cosas de la antigüedad. No sé como explicártelo. Amo más la noche que el día, el otoño que la primavera. ¡Amo todo lo que se va! ¡Amo el perfume de las flores marchitas! ¿Qué remedio, amigo mío? Los dioses me han creado así. Esta dulce tristeza, este crepúsculo dorado, me son tan necesarios como la vida. En la antigüedad hay algo indeciblemente gracioso y bello que no hallo en ninguna parte: ¡la irradiación del sol poniente sobre el mármol amarillento por los siglos! ¡No me arrebatéis ese loco amor por las lontananzas! Todo cuanto ha sido es más hermoso que todo cuanto es. El recuerdo tiene más poder en mi alma que la esperanza»...

Filósofo y guerrero, casto y positivamente virtuoso, forma Juliano resaltante contraste con sus predecesores, casi todos, principalmente Constantino, manchados con crímenes horrendos. Montesquieu considera a Juliano «el más digno de mandar a los hombres». No abusa de su poder y respeta las creencias contrarias. En todas partes son los libros sus inseparables compañeros. En los momentos de mayor preocupación, en el palacio de Constantinopla o bajo la tienda de los campamentos, consagra algún tiempo a sus numerosos trabajos literarios. Su alma poética y su afición a la lectura se manifiestan con frecuencia en sus *Cartas*. Ya en campaña contra los persas escribe a un amigo: «He aquí ya la primavera, las hojas brotan en los árboles, las golondrinas llegan. He tomado un camino sombreado por donde corren risueños arroyos. A la hora del reposo, he hecho alto y respiro bajo el follaje de los plátanos y los cipreses, leyendo el *Fedro de Mirrina* u otro diálogo del

divino Platón». Espíritu propenso al ensueño, a las más sutiles especulaciones del misticismo, resulta hombre de acción, estadista sagaz y gran capitán cuando así lo requieren las circunstancias. Pero sus energías se malgastan tras un propósito inasequible; su corta vida se apacienta en la deslumbrante idealidad de una quimera. Este hombre singular ha pasado por el escenario de la historia a manera de deslumbrador relámpago que solo permite ver de modo instantáneo primorosos paisajes.

En el hermoso libro de Merejkovsky se retrata el alma eslava con toda su pronunciada tendencia a un misticismo ensoñador, que constituye uno de los aspectos característicos de aquella raza, cuyo despertar solemne y trágico, viene asombrando al mundo desde hace poco más de media centuria. Esta obra despide, en algunos pasajes, rápidos vislumbres de creación épica, aunque su corte es el de la novela histórica, algo así como *Salambó* y otras de parecida estructura. En ella se suceden, en artística gradación, cuadros de hermoso y apropiado colorido. Alguno de los personajes aparecen endebles y de contornos algo borrosos. Arsinoe, por ejemplo, que al principio agrada e interesa, resulta al final contradictoria y confusa. Pero la figura de Juliano, reposada y serena, parece arrancada de algún bajo relieve antiguo y como iluminada por el resplandor del ideal que nimba su gran personalidad histórica. El paladín de los rientes dioses paganos como que se agiganta visto al través de los siglos. Por su gesto altivo de luchador frente al destino inflexible y por su acendrada devoción a la belleza helénica, agrada Juliano al alma moderna, decadente y caótica, pero admiradora de las rebeldías indómitas y apasionada de la forma primorosamente bella. Personifica el último supremo esfuerzo de la vieja sociedad para restablecer el culto pagano y demuestra más que nada, de manera elocuente, la impotencia de un hombre, sea quien

fuere, emperador o pontífice, guerrero o sabio, para atajar la corriente de las ideas nuevas en su evolución progresiva. No hay influencia, por más grande que sea o que aparezca, que resulte eficaz puesta al servicio de instituciones que han dado ya de sí toda su savia. El espíritu humano gemirá bien pronto en la austeridad y la tristeza de los siglos medioevales. Los funerales de Juliano son también los de los dioses paganos, que se llevarán a sus sepulcros de mármol la sana alegría de la vida y el más puro y reposado ideal de belleza... Cerca de medio siglo después, en una calle de Alejandría, la plebe fanática asesinaba salvajemente a la bella y casta Hipatia, hermana en ideas de Juliano, y la última y más hermosa encarnación del paganismo expirante...

Í N D I C E

Presentación Julio Sánchez Maríñez	7
Prólogo Franklin Gutiérrez	9
Pórtico.....	25
Emilio Castelar	27
Interior de un alma	33
Restos de Ojeda	37
<i>De todo un poco</i>	41
McKinley.....	45
Fragmento	49
Homenaje.....	53
<i>La reliquia</i>	57
¡«Miserere»!.....	63
Sebastián Emilio Valverde	67
<i>El jardín de los sueños</i>	73
Funerales de un héroe	79
El Padre Meriño.....	83
<i>La Conquista de Jerusalén</i>	89
Alma desolada	93
De otros tiempos	97
<i>Primavera sentimental</i>	101
<i>La orgía latina</i>	107
<i>La muerte de los dioses</i>	113

Perfiles y relieves, de Federico García Godoy, de la colección «Clásicos Dominicanos. Serie II. Ensayos», del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, se terminó de imprimir en marzo de 2020, en los talleres gráficos de Editora Búho, con una tirada de 2,000 ejemplares.
Santo Domingo, República Dominicana.



COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS
Serie I. Narrativa

Cartas a Evelina

Francisco E. Moscoso Puello

Crónicas de Altocerro

Virgilio Díaz Grullón

Cuentos cimarrones

Sócrates Nolasco

El montero

Pedro Francisco Bonó

Enriquillo

Manuel de Jesús Galván

Guanuma

Federico García Godoy

La fantasma de Higüey

Francisco Javier Angulo Guridi

La sangre

Tulio Manuel Cestero

Over

Ramón Marrero Aristy

Trementina, clerén y bongó

Julio González Herrera



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOME URENA
ISFOODSU

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS
SERIE II. ENSAYOS

ISBN 978-9945-9222-1-9



9 789945 922219